

# Ilustracion Artística

AÑO XII

← BARCELONA 27 DE FEBRERO DE 1893 →

NÚM. 583.

Con el próximo número repartiremos á nuestros suscriptores el primer tomo de la interesantísima obra del notable y castizo escritor D. Antonio Flores, titulada **AYER, HOY Y MAÑANA**, ilustrado con numerosos grabados por D. Nicanor Vázquez y elegantemente encuadernado



UNA ELEGANTE EN 1889, cuadro de Van den Bos



**Texto.** - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *El caso del conde de los Laureles*, por Carlos Frontaura. - *Bocetos. Una fiera*, por Juan O'Neill. - *Miscelánea. Nuestros grabados.* - *Cargo de conciencia* (continuación), por Juana Mairet, con ilustraciones de A. Moreau. - **SECCIÓN CIENTÍFICA:** *La cronofotografía. Nuevo método para analizar el movimiento en las ciencias físicas y naturales* (continuación). - Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores.

**Grabados.** - *Una elegante en 1889*, cuadro de Van den Bos. - *Granada por los Reyes Católicos*, boceto al óleo de Isidoro Marín (de fotografía de J. García Ayola). - *Triste recuerdo*, cuadro de Antonio Coll y Pi (Salón París). - *Noble y plebeyo*, acuarela de W. Strutt (Exposición de acuarelas celebrada en el «Royal Institute» de Londres, 1892). - *Felicidad*, cuadro de Ramón Pulido y Fernández (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). - *El entierro del piloto*, cuadro de Juan Martínez Abades (premiado en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). - *La carta del novio*, cuadro de F. B. Doubek. - *La prueba de una tiple*, cuadro de F. B. Doubek (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, 1892). - *La cronofotografía*, cinco grabados. - *En el vestíbulo*, cuadro de Renato Reinicke.

## MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Reparación de Verdi. - Carácter de su música. - Diferencia entre él y Bellini. - Verdi en el esfuerzo y en el combate por la independencia italiana. - Frigor y estruendo de sus óperas. - Carácter que han tomado éstas después de las victorias italianas. - Influencia de Wagner en Europa. - Extrañeza de los franceses á su música. - Hipnotización de Verdi por Wagner. - Argumentos extraídos de los dramas shakesperianos por el compositor lombardo. - El *Otello*. - Recuerdos de Rossini. - La ópera cómica en Verdi. - Consideraciones sobre *Falstaff*. - Conclusión.

### I

¿No creéis oír hablar de un resucitado si de Verdi oís hablar? Su fuerte ritmo que al combate moviera y empujara con belicosos acentos, inspirábase de suyo en el esfuerzo empleado por Italia para sacudir sus cadenas, trocando el hierro de aquellos pesadísimos eslabones en espadas apercebidas á vibrar y centellear y fulminar contra las irrupciones y los irruptores históricos. De aquí, del afecto bélico, sus obras, enérgicas como la voluntad de un general victorioso y resonantes como la carrera de un ejército heroico. Ningún arte se ha inspirado tanto en la libertad como el arte músico. El *Guillermo*, de Rossini; la *Mutta*, de Auber; el *Rienzi*, de Wagner; los *Foscari*, de Verdi; los *Puritanos*, de Bellini, están ahí para decirlo y demostrarlo del modo más concluyente. Pero si escucháis la melopea beliniana, veréis que dentro de su cadencia heleno-semita, propia del nido de corales y flores donde naciera el melodioso músico de la melancolía dulce y del amor profundo, se halla una desesperación rítmica y compasada, como la famosa de Leopardi, junta con una resignación casi oriental á los mandatos de la Providencia, como aquella de Silvio Pellico, que se reclusa en los calabozos, creyendo ablandar con lágrimas las cadenas que sólo se ablandan con sangre. Rossini, tan enamorado de la libertad como el cantor de la poética Elvira y del dúo de los republicanos, buscaba la libertad victoriosa dentro de la historia en aquel Fíguro que trajo la revolución á Europa y en aquel Guillermo que puso á la república en sus sandalias, como zafiros, el azul de los lagos helvecios, y en sus coronas, como diamantes, las nieves de los Alpes eternos. Bellini con Donizetti, pertenecientes al período de la conformidad y de la paciencia, se plañan en elegiacos cantares, exhalados del alma, por la esclavitud irremediable de su patria, pero á la manera y guisa del esclavo heleno en la decadencia, quien marcado con el sello de la servidumbre, ornaba de bellísimas estatuas los palacios y henchía de arengas el oído de sus infames tiranos. ¡Qué aire tan delicioso de respirar aquel aire de Italia, esmaltado por los iris de innumerables paletas y por las chispas de innumerables mosaicos, así como saturado con los aromas de mirtos y azahares al par que con las notas de *Lucía* y de *Sonámbula*! Los autores de óperas tan encantadoras como estas dos perfectísimas, aumentaban á una con tales cadencias dulces y tales melodías por todo extremo angélicas el hechizo de su patria, y como que retenían á los conquistadores en aquel templo aromado por una sobrenatural inspiración, promovedora de la felicidad material y destinada con una finalidad inconsciente á ir amortiguando en las sienes del déspota cruel hasta los martilleos

del remordimiento natural. Pero surgió Verdi tras tantos milagrosos cantores de la resignación, y con él surgió un comienzo de formidable protesta. Italia dejó de reirse como se había reído en la *Italiana en Argel*, en el *Barbero de Sevilla*; dejó de quejarse como se había quejado en la *Beatrice* y en la *Linda*, para mostrar en el romántico *Hernani* el noble de las comunidades insurrectas desafiando á todo un Carlos V, de quien eran criados los papas y cómplices los cielos. Desde tal aparición el ritmo vigoroso, parecido á una espada centelleante, resonó en el *Atila* y en el *Macbeth*, indicando un desarrollo de fuerzas hercúleas, una crispación de músculos férreos, una voluntad de combates ciclópeos, como si los esclavos se hubieran trocado en titanes y erguídese á recoger el rayo de Prometeo al firmamento para lanzarlo sobre la cabeza de los déspotas. No significaban menos aquellas indignadísimas estrofas en que un pueblo esclavo, como el pueblo de Dios, con salmos tan fuertes que sus gritos de águila hendían el cerrado cielo y hacían bajar la frente de Jehová, en otros tiempos impasible, á los calabozos babilónicos, anatematizaba enfurecido al Nabucodonosor de sus enemigos y le derretía en las sienes al fuego de los cielos el oro de su corona. La música del treno lloroso y del trágico lamento, compuesta por Bellini, el dulce Jeremías de Sicilia, tierra cosmopolita y universal, asiática en su oriente, africana en su mediodía, griega en su norte, hispana en su ocaso, trocose, al advenimiento de Verdi, en una especie de clarín entre apocalíptico y guerrero, que conjuraba vivos y muertos al combate, como cumplía perfectamente á quien representaba con Garibaldi de Niza, con Mazzini de Génova, con Cavour y Víctor Manuel de Saboya, con Azeglio, con todos los piemonteses y lombardos, el esfuerzo de un pueblo esclavizado á favor de su independencia, para cuya reivindicación se necesita desde los atrevimientos de Mina y el Empecinado hasta la elocuencia de Argüelles y la poesía de Quintana, cual sucedió en el pueblo que supo enseñar á todos los demás pueblos cómo se pelea y cómo se muere por la libertad y por la patria.

### II

En cuanto cambió la suerte de Italia, y no se necesitaban ya el clarín y la espada, Verdi se volvió hacia la contemplación del ideal puro, y cantó por la necesidad exclusiva de cantar, embebido en oírse á sí mismo y en atender al coro de ideas y al concierto de notas encerradas dentro de su espíritu y que habían surgido en grandes erupciones volcánicas, todas ellas tonantes como himnos de un sublime fragor. Ya no necesitaba evocar Atila para infundir en los suyos el horror á la irrupción; destronar á salmos apocalípticos los déspotas del Eufates; mostrar en *Rigoletto* las maldades que traen aparejados los regios devaneos: redimida Italia de un extremo á otro extremo, podía dejarse de fines políticos abrumadores por su natural pesadumbre y contemplar los ideales puros en la insondable inmensidad. Por una tendencia del genio y espíritu heleno romano al culto y cultura de lo plástico, Verdi buscó más los tipos hechos hombres por la encarnación de su verbo en la forma humana que los tipos abstractos y lúcentes como un radioso éter en el espacio invisible de las ideas puras. ¿Y con quién se halló? Pues con dos hombres del Norte, á quienes ha coronado ya la humanidad; con uno muerto hace tres centurias, con otro muerto hace algunos años: con Shakespeare y con Wagner. La estética moderna en su natural universalidad ha divinizado todos aquellos ingenios eximios, distinguidos, que se caracterizan por su temperamento humano, como el genio de Shakespeare, y ha hecho del noble afecto de admiración á este desordenado y sublime pensador poeta una especie de dogma literario. Pero no fué siempre así, no; dos espíritus de tan conspicuo y profundo criterio, como Voltaire y Moratín, tacharon de brutal á tan eximio poeta y le pusieron en largo entredicho, excomulgándolo á nombre del buen gusto y cayendo en el extremo de arrastrarlo como un esclavo ebrio al pie de las tres unidades aristotélicas y de la poética horaciana observadas por los prosaicos maestros de la última centuria. Y algo así ha sucedido con Wagner. Durante mucho tiempo su género músico y sus obras maestras han aparecido como asunto de chacota y burla, tenidos por cuentos de muchachos, á los cuales ponía un maestro de pega confusos acompañamientos propios tan sólo para pegar al más pintado espantosa jaqueca. En verdad al carácter humano de la ópera transalpina y de la ópera transpirenaica y al argumento de tragedias ó dramas conocidos y vulgarizados ¡oh! sucedía bruscamente una letra medio infantil y medio teológica, tomada de narraciones germánicas semirrealistas y semifantásticas, entre fábulas y leyendas. Para mayor aturdimiento

derogábanse á la increíble aparición de tales monstruos artísticos todas las antiguas costumbres, como que Wagner se presentaba poeta y compositor al mismo tiempo, escribiendo los libretos y las partituras en inconmensurable suma de facultades extrañas. Los franceses, enamorados de la claridad y de la proporción y de la lógica y de la tersura, no podían echar su ingenio ateniense de matemática regularidad bajo el carro chillón á sus oídos en que iba un dios, cuyos cantares le sonaban á címbalos inacordes y confusos de una sinfonía mágica y endiablada, en la cual soplasen los fuelles de un órgano tañido por brujas, produciendo notas que daban acedias y denteras al cuerpo, neurosis y enloquecimientos al espíritu. Hase necesitado una generación joven, sucediendo á las generaciones antiguas, con gusto novísimo, con conocimiento mayor del arte y del mundo, con una conciencia viva de la historia, con otra religión estética, con otra filosofía menos positivista que la filosofía de los tiempos últimos, para que las óperas de Wagner tomaran vuelo y transpusiesen las fronteras, entrando vencedoras en los escenarios de Occidente. Así á la malquerencia de los decenios anteriores contra Wagner, ha sucedido un culto confinante con la superstición; pues todas las reacciones resultaron por igual fanáticas en la historia siempre, y todas propendieron al desquite sugerido por la exaltación del apasionamiento. Mas sea de esto lo que quiera, ocupa un trono en la poesía dramática tan sublimado Shakespeare y Wagner en la música dramática otro tan elevado y singular, que no podían dejar de imponerse á un genio como el genio de Verdi, abierto á todos los vientos.

### III

La influencia de Wagner en Verdi se muestra por las dos grandes óperas dadas á la escena durante el primero de los cuatro lustros últimos, por *Don Carlos* y *Aida*, como la influencia de Shakespeare á su vez por las dos grandes óperas dadas á la escena durante los años del lustro que corre ahora, por *Otello* y *Falstaff*. No puede, no, explicarse la extrañeza producida en espíritu latino, como el mío, á las innovaciones que someten esta humana voz, con la divina consonante, á orquesta sin verbo y sin alma; ó que recortan las arias de sus alegros y los dúos de sus conjunciones, reduciéndolo todo á los recitados y á los monólogos y á los diálogos, más bien dramáticos que líricos, fuera de convenciones antiguas, cuya virtud y eficacia por tal modo en nosotros obraban que nos ingenian una indeleble naturaleza estética y un alma y un sentimiento á la verdad inextinguibles, con un gustoinstintivo tan duradero cual el propio é íntimo ser nuestro. Confieso que no entendí el *Don Carlos* wagneriano de Verdi la noche que lo llegué á oír, la noche de su estreno en París, el año setenta y siete. Lo contrario me sucedió con el *Aida*. Tan soberanamente influyó por Wagner como el *Don Carlos* mismo, la melopea suya tiene tanto de gitana y andaluza, que me recuerda el arte cuya magia más priva en mi ánimo; la serenata de nuestras noches en que las notas parecen estrellas y las estrellas notas; la elegía de nuestras saetas, que os clavan sus espinas invisibles en el corazón y os beben la sangre del sentimiento; las playeras y las malagueñas, que os mecen á una con sus cadencias, sugeriéndoos sueños entre voluptuosos y místicos cual aquellos prestados por el hatchis de los harenes musulmanes, unido al picante aroma de las algas y de las brisas mediterráneas. Y si Wagner ha influido en el método y en el gusto postreros de Verdi, ha influido Shakespeare en el genio. Digan lo que quieran, el gran poeta inglés tiene pocos argumentos apropiables á la música. En cosa ninguna se conoce la superioridad increíble de Wagner como en lo lírico de sus libretos, donde todo canta, y la mediocridad de Thomas como en haber musicado las tartamudas perplejidades é incertidumbres de *Hámlet*. *Julietta* y *Romeo* es el drama por excelencia músico que tiene Shakespeare; porque las noches embalsamadas de Verona, los diálogos amantes en el balcón al brillo de los astros, el dúo de las alondras matinales y de los nocturnos ruiseñores en las rayas perladísimas del alba despiden notas de cristal y componen escalas cromáticas. Así me contaba una vez Azevedo, ilustre crítico de música, que habiéndole llevado á componer el *Macbeth* al ingenioso y talentado Rossini, exclamó, después de leer y meditar tal argumento: «Mucha y muy grande ambición, mucha y muy audaz política, nada de amores, nada de religión, nada de libertad: esto no canta.» Para conocer lo que ha fascinado á Verdi Shakespeare, basta con recordar lo que ha hecho la musa del gran compositor, osada de suyo á poner mano sobre figura tan colosal como la figura de Otello. Y no porque deje de prestarse Otello á la música;

se presta mucho; porque habíala ya ungido la sobrenatural mano de Rossini. Coloso, verdadero coloso Verdi, al conseguir que no pidamos en el acto último de sus óperas lo que oíamos en la ópera de Rossini, la canción del sauce llorada por Desdémona ó el arribo de Otello por las lagunas venecianas al palacio de su esposa entonando los tercetos de Dante como un miserere del amor desesperado que pide refugio y piedad á la muerte implacable. Pero todavía se conoce más la influencia shakesperiana en Verdi que por el atrevimiento de tocar al *Otello*, por el atrevimiento de haber puesto en ópera el *Falstaff*, y en ópera cómica. Dada su grandeza le sucede á Verdi algo de aquello que le sucede á Víctor Hugo; está privado del chiste y no podrá nunca promover á risa.

Pasma y maravilla la copia de notas guardada por nuestros grandes autores dramáticos españoles, quienes llegan desde los más altos conceptos teológicos hasta los más humildes dichos populares, uniendo en incomparable consorcio lo sublime con lo ridículo y lo elevado con lo grotesco á cada instante, como los reunen la realidad y la vida. Para convencerse de lo exacto de mi observación, basta con recordar el Príncipe Constante y Clarín en Calderón, ó saber que es uno mismo quien creó la *Villana de Vallecas* y el *Condenado por desconfiado* en esta maravilla de las

maravillas literarias que se llama Teatro Español. Cuando Víctor Hugo quiso hacer un gracioso á la española, hizo el bufón Triboulet, quien resulta el más triste personaje de toda la literatura francesa; pues lejos de hacerlos reír á mandíbulas batientes, os hace llorar á moco tendido toda la noche. ¿Habrá Verdi en *Falstaff* dado con la gracia que desplegaron Rossini en el *Papatache* y en el *Don Bartolo*, Donizetti en *Don Pascuale* y el *Elixir d' Amore*? Lo dudo muchísimo: aquel D. Juan Británico, todo panza, llevando como los pulpos un estómago por cabeza

siempre mis mejores conquistas. Esta bulliciosa fiesta ha perdido mucho, sobre todo en la concurrencia femenina; en mis buenos tiempos encontrábase allí lo mejorcito de Madrid... Ahora ya sabes tú qué clase de bello sexo se encuentra en esos bailes. Por esto yo, más que á conquistar busconas, voy á saborear bajo aquella legendaria lucerna central el recuerdo de tantas agradables aventuras del tiempo dichoso en que, sin fantasía, podía competir con los mejores mozos de la corte, y desconocía en absoluto los paurosos dolores reumáticos, el terrible lumbago y

y queriendo que los goces le penetren por todos los poros del cuerpo, abierto á la visita de sensaciones innúmeras, me da más que risa; me da, no diré horror, pero sí diré asco, y faltándole por necesidad en el drama lírico los profundos pensamientos con que Shakespeare lo atenúa todo y desnudo en las naturales vagas ondas de la música ¡oh! debe resultar una grande indecencia.

EL CASO

DEL CONDE DE LOS LAURELES

— ¿Vienes al teatro Real esta noche?..

— ¿Al baile? No, querido tío; el año pasado fuí por última vez, no pienso volver.

— Pues yo, aunque he pasado ya con bastante exceso del medio siglo, no he perdido la afición á los bailes de máscaras. En los del teatro Real he logrado



GRANADA POR LOS REYES CATÓLICOS, boceto al óleo de Isidoro Marín (de fotografía de J. García Ayola)



TRISTE RECUERDO, cuadro de Antonio Coll y Pi (Salón Parés)

todos los alifafes con que ha empezado ya á favorecerme la pródiga naturaleza.

— Usted es un solterón empedernido y no pierde las malas costumbres. Yo estoy casado...

— ¡Gran tunante, casado estabas estos últimos años, y todo el mundo te veía en el baile, y bien recuerdo que el año pasado se apoyaba en tu brazo la máscara más gallarda de cuantas allí había, una máscara que á legua se conocía que era dama principal!.. Yo tengo para esto un olfato superior. ¿Quién era aquella mujer?.. Nunca me lo has querido decir.

— Fué la aventura más extraña.

— ¿Me la cuentas? Me perezco por estas historias, y me parece que no temerás que sea indiscreto y la divulgue.

— ¡Oh! No, señor. Voy á contar á usted el extraordinario lance, si no nos interrumpen.

— No, nadie entrará. Cerraré la puerta.

Así hablaban una de estas noches en un gabinete del casino de Madrid el marqués del Viento, el calavera más osado y más temido en la corte hace veinte años, y su sobrino el conde de los Laureles, tan conocido y estimado en la buena sociedad madrileña y cuyo enlace con la hija única de los duques de la Tenaza, celebrado el año 1888, le ha proporcionado una brillantísima posición en el gran mundo.

— Efectivamente, empezó el conde, confieso mi culpa, después de mi casamiento con Pepita debí renunciar á las aventuras galantes; pero la costumbre, el ejemplo, las malas compañías, la pícara vanidad... Y luego, que en este Madrid un hombre de nuestra clase encuentra tantas ocasiones de pecar... y aunque quiera evitarlas no hay manera...

— ¡Ya lo creo! El hombre es débil... observó riendo el marqués.

— Además, el carácter retraído, melancólico de mi mujer, la anemia que padecía, su absoluta confianza en su marido...

— ¡Pobrecilla! ¡No sabía qué alhaja le había tocado en suerte!

— En suma, la impunidad me alentaba. Tenía completa seguridad de no ser sorprendido en mis aventuras... El año pasado, pocos días antes de Carnaval, me proporcioné un cuartito de soltero...

— ¡Ah, bribón!

— Un preciosísimo nido que me costó un dineral, en un entresuelo en la plaza de Afligidos.

— Al otro extremo de Madrid.

— Una plaza que mi mujer, seguramente, no sabía que existiera en el mundo.

— No estaba mal elegido el sitio. ¡Y qué callado me lo tuviste, grandísimo libertino!.. ¿Lo tienes todavía?

— No. ¡Dios me libre!

— Yo te lo hubiera tomado en subarriendo.

— Y ahora vamos á mi aventura del año pasado en el baile de Escritores y Artistas. Desde el casino me fuí al baile...

— Con la llave del nido en el bolsillo... ¿eh?

— Naturalmente. A poco de ocupar el sitio que me correspondía bajo la lucerna del teatro, llegóse á mí aquella máscara y me dijo unas cuantas frases de esas con que se comienza una conversación entre una mujer elegante con antifaz...

— Y un marido sin careta y sin vergüenza como tú.

— Le ofrecí mi brazo; dijo unas palabras al oído á otra máscara que la acompañaba...

— La mamá ó la tía, la tía probablemente.

— Aceptó mi brazo temblando... No, no se ría usted, temblando. Yo sentía, bajo la presión de mi brazo, cómo temblaba todo el cuerpo de aquella máscara encantadora.

— ¡Pobrecilla!.. Probablemente sería la primera vez que se veía en semejantes trabajos, dijo el marqués irónicamente.

— Me confesó su amor de la manera más ingenua, delicada y pudorosa que pueda usted imaginar...

— Pero aunque pudorosa, no era corta de genio. ¿Cuánto te costó la cena?..

— No quiso cenar.

— Vamos, ahora creo que te amaba. Pero ya advino el fin de tu aventura. Tu máscara misteriosa era una vieja verde... ¿La marquesa del Traspaso?.. ¿La viuda de Solomillo?.. Son las dos viejas más enamoradas de los tiempos presentes. A mí las dos me han declarado su atrevido pensamiento, y soy más viejo que ellas.

— No era vieja ni verde aquella máscara; era...

— ¡El hijo de los condes del Repeso, que parece una dama?..

— No, por Dios. ¡Era mi mujer!..

— ¡Caracoles!

— Sí, querido tío, mi mujer. Y yo, hecho un jumento, no la conocí. Me pareció más alta y esbelta que mi mujer, y ni por un instante sospeché que pudiera ser ella. Su actitud, su elegancia, su locuacidad,

su lenguaje, todo en ella me denunciaba una mujer de superior sentimiento y de singular travesura. ¿Cómo podía yo sospechar que la dama que se apoyaba temblando en mi brazo temblaría de rabia al vencerse de qué casta de pájaro era su maridito? ¿Cómo había de creer que era la jovencita tímida, medrosa y doliente que necesitaba visita diaria de médico y vino de Peptoná á todo pasto?.. Por fortuna no me habló de mi mujer... Esto prueba su candorosa inexperiencia. Me espanta pensar lo que yo hubiera podido decirle de mi mujer...

— Y vamos, ¿qué pasó?.. ¿La llevaste al nido?..

— Sí, tío, sí, la llevé al nido... La hice salir del baile y entrar en un coche...

— Y en derecho al nido. ¡Hombre!, me alegro de que tu mujer te diera tu merecido...

— Llegamos; eran las tres de la madrugada. Abrí la puerta de la calle, subimos los pocos escalones hasta el entresuelo, apoyándose ella convulsivamente en mi brazo...

— Ahora sí que creo que temblaría la pobre Pepita.

— Entramos; la solté un momento para hacer luz... Iluminé el salón, encendiendo las bujías de los candelabros, y luego... vi con la estupefacción que puede usted suponer á mi mujer que acababa de arrojar al suelo la careta y me miraba con ojos de hiena...

— ¡Bonita escena y bonito símil! ¡Llamar hiena á la dulce Pepita! ¡Una mujer que no te la mereces!..

— No es posible que yo repita, porque es imposible que las recuerde, las frases llenas de ira, de rencor y de odio que me dirigió Pepita. Yo estaba anodado...

— ¡Justo castigo á tu perversidad!

— Aquel aluvión de reconveniones y de insultos sólo cesó cuando Pepita cayó con terrible convulsión en una *chaise-longue*. ¿Qué hacer?.. En aquel estado no era posible bajarla en brazos al coche que esperaba á la puerta. Pepita castañeteaba los dientes y se retorció como una poseída. La toqué y sentí el frío de la muerte. Dudé un momento y luego la cogí en brazos y la acosté en el lecho...

— Comprendo que en aquel momento, ante el peligro que corrías de quedarte viudo...

— ¡Oh! Por suerte, era la primera vez que entraba una mujer en aquel nido, y siendo esta mujer la mía...

— Era ya casa honrada la que tú habías preparado para mujeres perdidas.

— Abrigué á Pepita, murmuré á su oído palabras de arrepentimiento y de amor, la acaricé con toda la efusión de mi alma...

— ¡Ah, tuno!..

— Cayó luego en una gran postración, lloró mucho...

— No era para menos.

— Y ya había amanecido cuando la pude bajar al coche y llevarla á casa.

— ¿Y después?..

— Después... llegamos á casa, y en la puerta de su gabinete se detuvo y con acento de profundo enojo me dijo: «De hoy más no pasará usted de esta puerta. Viviremos bajo el mismo techo, pero sin vernos hasta que yo haya conseguido el divorcio.»

— ¡Miren la tímida!..

— «Hoy diré, añadió, á mis padres lo que ha sucedido, y ellos me aconsejarán...»

— No sospechaba yo semejante resolución en mi mujer. Quedé aterrado ante la amenaza de un escándalo, y porque conociendo el carácter inflexible y severo del duque, no podía esperar misericordia.

— ¿Y en qué fundaría la demanda de divorcio?.. ¿De qué te acusaría?

— De adulterio frustrado.

— ¿De adulterio con tu mujer?.. Caso nuevo y no previsto en el Código.

— Pues mire usted, dos meses viví sin obtener indulgencia de mi mujer ni de mis suegros. Y el duque consultó con algún eminente abogado para saber cómo podría presentar su hija la demanda... Pero á los dos meses, el médico declaró que mi anémica, inapetente y dolorida esposa estaba en estado interesante. Mis suegros, que hacía cuatro años deseaban un nieto y ya desesperaban de que Dios les concediera esta gracia, recibieron la noticia con extraordinario júbilo. Mi mujer empezó á mejorar de salud y de humor, tuvo apetito, vió con alegría, mirándose al espejo, color natural y sano en sus mejillas...

— Y es claro, los presuntos abuelos y la madre del niño que había de nacer á los nueve meses llamaron al autor y le perdonaron.

— En efecto, y hace hoy noventa días que poseemos Pepita y yo un ángel encantador que nos sonríe y nos tiende sus bracitos nacarados, y por él me ha perdonado mi dulce compañera y por él he renunciado yo á otros placeres que á los puros incomparables placeres del hogar. Ya sabe usted por qué no voy este año ni volveré nunca al baile de máscaras.

— Pues yo, admirando tu virtud y deseando que Dios te haga un santo, me voy ahora, que ya son las doce y media, á dar unas vueltas por el salón del teatro Real, dispuesto á convidar á un par de mas-caritas y á gastarme con ellas en el *buffet* hasta un billete de los que tienen el retrato de Mendizábal sobre fondo verde. Siquiera durante un par de horas olvidaré los años que tengo y los males que me aquejan. ¿Quién sabe si el año que viene llevarás luto por tu tío?..

CARLOS FRONTEIRA

## DON RAFAEL

— ¡Esto no dice nada: esto es explotar al público! ¡Ni siquiera un muerto conocido!, dijo Luis Barzo, arrojando con desdén el número de *La Correspondencia* sobre la mesa del Suizo, á cuyo alrededor nos sentábamos todas las noches, á última hora, media docena de amigos para gobernar el mundo, en principio.

Barzo tenía su modo propio de leer el diario noticiero, que consistía en limitarse siempre á la lectura de la cuarta plana. El resto del periódico capitalista no le inspiraba el menor interés. En cambio la cuarta plana le atraía, según su frase, con la eterna atracción de la verdad. «Porque observad, añadía, que desde el boletín religioso, incuestionable, hasta las señas inequívocas de las nodrizas; desde el cartel auténtico de los teatros, hasta los anuncios mortuorios, que nadie ha desmentido nunca, todo en ella es positivo, seguro é interesante.»

Pero lo más interesante para Luis, que era un pesimista acérrimo, un pesimista en razón directa de su penuria sistemática, era la que él llamaba lista fúnebre de fallecidos desde cinco duros en adelante; patente de las generaciones difuntas, acomodadas y superiores al anónimo, con quienes nos hemos codeado; despedida cortés, aunque indirecta, de los que se nos anticipan en el viaje final. Y como conocía á todo el Madrid capaz de figurar en esa lista, y como además tenía un carácter quisquilloso, el carácter correspondiente á su eterna escasez de valores metálicos y fiduciarios, resultaba que, sin poderlo remediar, la noche que no encontraba un difunto conocido en letras de molde, se sentía hondamente contrariado. Gracias á que *La Correspondencia* que leía no era jamás suya; que de haberlo sido, hubiera reclamado en el entonces palacio de Santana la devolución de los cinco céntimos. Pero él nunca había comprado nada.

Consolamos á Luis con la reflexión de que en el número próximo sería sin duda otra cosa, dados los quinientos mil condenados á muerte que en Madrid y sus afueras se guarecen. Y otro de los circunstantes, Pepe Costa, un estudiante de derecho, rico (dos mil reales mensuales por su casa) y liberal hasta el punto de que pagaba el café de todos siete días á la semana, por término medio, tomó, por hacer algo, el diario que Barzo había arrojado, y se puso á leerlo maquinalmente. El contagioso espíritu de imitación le hizo también recorrer con sus ojos la susodicha cuarta plana, y de pronto vimos resplandecer en ellos la emoción ó la sorpresa de una inesperada noticia.

— ¡Estás en Babia, Luis!, exclamó; ya no te enteras de lo que lees, ó calumnias por costumbre á la *competente*. ¿Sabéis, señores, quién ha muerto? Oíd; y leyó: «El Ilmo. Sr. D. Rafael Martínez Villalba, jefe superior honorario de administración, ha fallecido. Sus albaceas testamentarias ruegan á sus amigos, etc.»

— Y bien, ¿y qué?, preguntó Luis agriamente. ¿Qué significa ese Martínez menos, ni quién le conocía?

— Le conocíamos todos, y tú el primero.

— Martínez Villalba..., repitió Barzo, que me emplumén si hago memoria...

— Yo tampoco.

— Ni yo. Ni yo, afirmamos los demás.

— ¡Oh mezquina especie de Adán, inventora del olvido, añadió Costa. ¿Conque no conocíais á ese Martínez? ¿Conque no conocíais á Martínez II?

— ¡Martínez II! ¿Es ese el muerto?

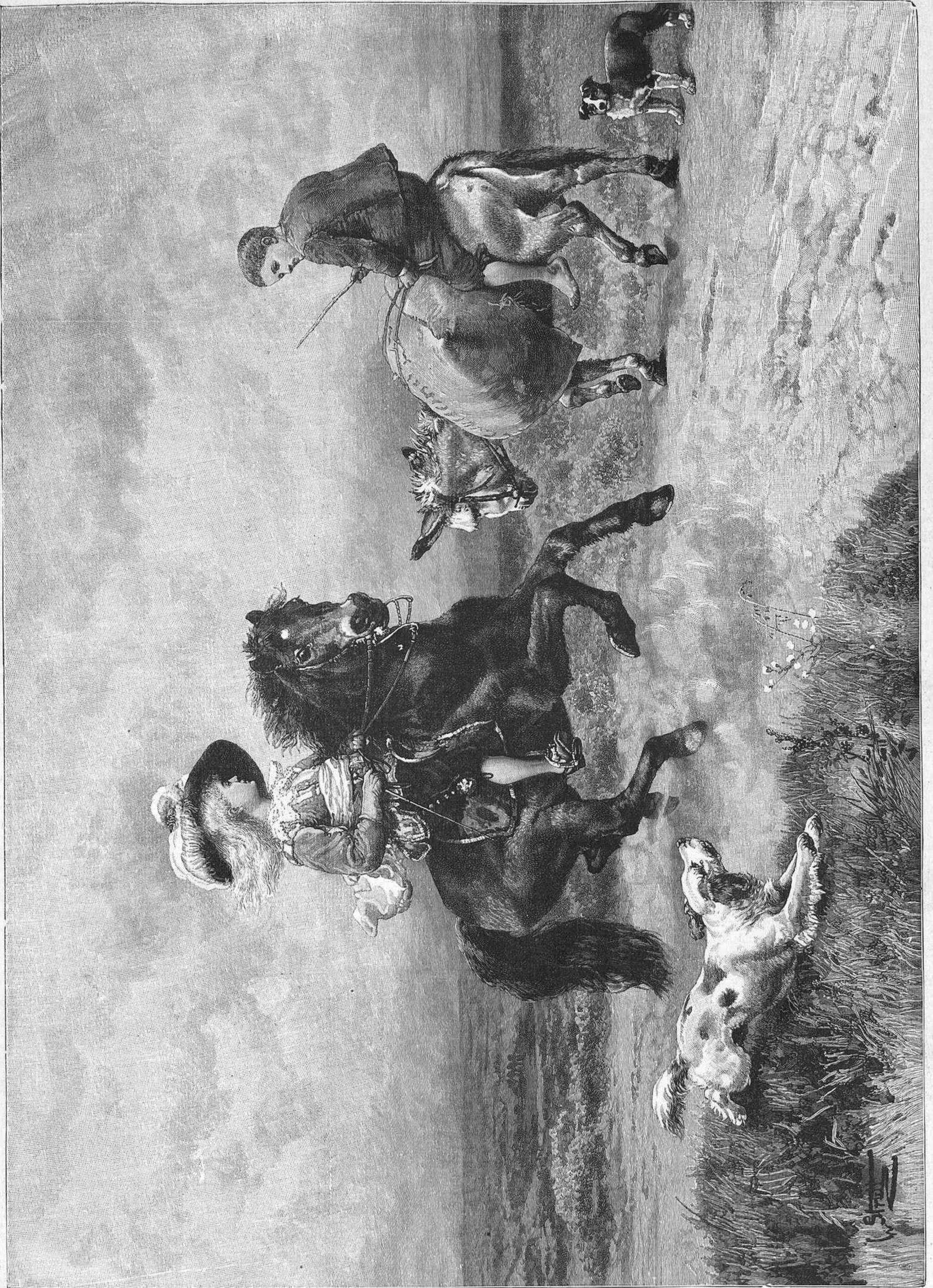
— Ese es.

— Yo le creía hace mucho tiempo en la eternidad. — Pues ya lo ves, está ahora atravesando sus umbrales, después de haber pasado solitariamente la eternidad preparatoria de tres años de extenuación.

¡Pobre Martínez II! Era verdad: todos le habíamos conocido. ¿Quién no conocía en Madrid aquel modelo de caballeros, de amigos, de hombres cultos y bondadosos? ¿Quién no recordaba su simpática y original figura?

## II

Era alto, delgado, fibroso, con grandes ojos expresivos y espaciosa frente, presidida por el tupé de sus



NOBLE Y PLEBEYO, acuarela de W. Strutt (Exposición de acuarelas celebrada en el «Royal Institute» de Londres, 1892)

cabellos grises, á la usanza de los elegantes de su juventud: el tupé de Larra, de Espronceda y de Martínez de la Rosa. Se parecía á éste extraordinariamente, y á ello debió el título de Martínez II que le inventamos.

Era distinguido por instinto, y pulcro por respeto propio. Tenía el temperamento de todos los aseos, la honradez inclusive. Sus largas levitas de Caracul, sus amplios chalecos blancos de gran solapa, sus estrechos pantalones de trabillas, sus abultadas corbatas de raso, cuyo nudo sujetaba grueso alfiler artístico, sus sombreros de anchas alas, sus guantes empuñados siempre en la mano izquierda, mientras la derecha aplicaba á sus ojos el doble lente con asidero de Carey ó de oro, y su andar pausado y majestuoso, sus saludos de gran señor afable, su amena conversación instructiva y sobre todo su indesmentida galantería para el bello sexo completaban la semejanza con el ilustre autor del *Estatuto*.

La buena sociedad madrileña le distinguía y le mimaba.

Había sido el coco de las beldades de *cocas* y mirriñaques. Había reinado como un príncipe verdadero, él, modesto hijo de la clase media, en el Prado, en Vista-Hermosa, en los Basillos, en los mentideros de la calle de la Montera y del atrio de San Ginés. Había alternado y brillado en los espectáculos y placeres de los ricos, él, modesto heredero de dos mil duros de renta, jefe de Administración de tercera clase, jubilado después de treinta años de servicio é hijo único de un quincallero de Sevilla.

Había sido camarada mundano de todos los notables de su tiempo; había tuteado al duque de Rivas; había figurado como tertuliano asiduo de Salamanca y de la Avellaneda; había sido el D. Rafael, por antonomasia, de Montes y el *Chiclanero*. Y cuando la triste eliminación natural de hombres y cosas le había traído hasta nosotros; cuando había forzosa y paulatinamente aparecido en el seno de las personas y costumbres sucesoras de las de su tiempo; sin dejar de ser fiel, de fondo y de forma, á sus recuerdos, á sus hábitos; sin dejar de ser figura obligada de teatros, paseos y convites; sin acortar un centímetro el faldón de sus levitas; sin alterar un ápice la forma del cuello de sus camisas, y sin dejar de actuar como el más fino, servicial y discreto servidor de damas, había hecho reinar también en sus nuevos círculos la afectuosa atracción congénita y biográfica de su persona.

Una noche nos explicó en el antiguo casino el secreto permanente de sus éxitos, la causa de haber agradado durante más de medio siglo á todo el mundo, el motivo esencial de haber tenido tantos amigos y ni un solo enemigo.

Martínez II era un filósofo. Aún nos parece estar oyendo, sentados de vuelta del Real, junto á una de las chimeneas del salón grande del casino, la exposición de su filosofía. Nos la hizo en defensa propia. Le habíamos visto en el palco de una de las bellezas de moda, que no tuvo durante su visita ojos ni oídos, al parecer, sino para el visitante. Uno de nosotros, que estaba hacía un año bebiendo los vientos por aquel astro moreno, cuyo escote era una verdadera apoteosis escultural, exhaló, aunque cariñosamente, su mortificación. «¿Pero cómo diablos hace usted, don Rafael, dijo, para gustar tanto á las mujeres?» Y D. Rafael, ajustando el lazo de su corbata blanca, acercándose de espaldas á la chimenea y dirigiéndonos, como preámbulo, una complaciente sonrisa, nos reveló su sistema.

### III

El buen Martínez II profesaba el principio fundamental de la insignificancia del hombre. «No hay error, decía, más craso y lastimoso que el de llamar rey de la creación á ese ser mísero, que sólo ocupa en ella un lugar secundario. De este error principal nacen y se derivan los infinitos que sirven de causa á las desdichas y á las necesidades humanas. El hombre cree, por ejemplo, en el orden físico, que la Naturaleza está hecha para él; siendo así que, por el contrario, la Naturaleza le tiene despótica y absolutamente á su servicio, y le impone sus leyes inmodificables, sus intemperies, sus apetitos, sus dolencias, sus rigores y malos tratos, más que á ningún otro animal, puesto que es el más naturalmente indefenso.

«Cuando yo me veo acatarrado en invierno, sin respiración en verano, débil el día que almuerzo tarde, y rendido de cansancio si trasnocho; cuando considero que sin el gabán, y los baños de mar, y la cocinera, y la buena cama, mis manos no podrían sostener el cetro de la Tierra, que dicen que constitutivamente tengo en ellas, no puedo menos de reirme de mi organización regia. Y nada digamos de lo que significan, en puridad, los progresos materiales de que tanto

se enorgullece el rey famoso del mundo físico. Ya no podemos viajar sin el vapor, ni alumbrarnos sin el hidrógeno, ni comunicarnos sin la electricidad; y sin embargo, sostenemos que todos esos elementos son nuestros criados, cuando no hacemos otra cosa que pedirles con la inteligencia favor y ayuda. En resumen: la criatura pensadora, que no puede hacer lo que hace el último irracional, que no puede salir impunemente de su casa sin vestirse, que no puede alimentarse sin comprar y guisar su comida, que no puede dormir tres noches seguidas al sereno sin coger un reumatismo, me parece, como rey de lo creado, un rey de Offenbach, un rey bufo.

«En el orden social, añadía, ¿qué cosa hay tampoco más pequeña, baladí é impotente que el hombre entre los hombres, ni menos independiente ni con menos derecho al orgullo? El poderoso vive á expensas de los que sufren su poder; el rico á expensas de los que le facilitan la aplicación y el goce de su riqueza; el genio y el talento funcionan para los que no lo tienen; el sibarita depende de los placeres que otros le proporcionan; el rey, de los súbditos; el general, de los soldados; el comerciante, de los trabajadores; el gobernante, de los gobernados. La vida del individuo es la demanda incesante del socorro colectivo. Vivimos por la familia, por los amigos, por los enemigos, por los protectores, por los servidores, por los demás. ¿Qué monarquía le queda al rey de la sociedad el día en que se encierra solo en su domicilio? ¿Qué poderío es ese que hasta para dar un paseo tiene que contar con el zapatero? ¿Concíbese nada de tan mínimo valor absoluto como el vecino aislado, nadie que tenga deberes y necesidades más generales que el caballero particular?

«Pero en ningún orden de ideas resalta tanto la necia vanidad masculina como en el amoroso, en el de sus relaciones con la mujer. Nos pasamos la vida de rodillas ante ella como niños, como galanes, como maridos, como amantes y como viejos, y decimos, sin embargo, que la mujer es nuestra esclava, ó nuestro pasatiempo, ó nuestro juguete. No poseemos ni la décima parte de su finura intelectual, de su astucia, de su energía moral, de su valor, de su humanitarismo, de su ternura, y sin embargo, la tenemos por un ser inferior. Hacemos girar la máquina social sobre el anhelo de su posesión, y nos creemos sus dueños. Nos enseña á creer, á sentir, á gozar, á padecer, á vivir, y nos damos aires de ser sus maestros. No hay felicidad de hombre que no cuente en ella su parte integrante; ella labra con una mirada nuestra desdicha, y nos creemos los dispensadores de su ventura y los árbitros de su destino. Hemos cargado en su obsequio con todo el trabajo intelectual y material de la existencia; fundamos imperios, inventamos instituciones, ciencias, grandezas, placeres, para ofrecer á sus pies el resultado, y luego convenimos seriamente en no darla otra importancia que la de un pretexto de nuestra actividad. ¡No somos, en suma, desde la cuna al sepulcro, más que unos mendicantes de sus caricias, y decimos que vive de la limosna de nuestro corazón y de nuestra fuerza!

«Para concluir: el hombre no vale un comino, desde ningún punto de vista. Los hombres son, como conjunto, lo único que vale algo; pero una sola mujer vale más que todos ellos. Y como no soy más que uno, ciño mi conducta á la conciencia de mi nulidad. Sirvo á los demás con interesada buena fe, en lo poco que puedo, para que ellos me sirvan en lo mucho que les es dable. Y para gustar á las mujeres, lo único que hago es demostrar que ellas me gustan á mí mucho más, infinitamente más de lo que yo puedo gustarlas.

«Cuyos mandamientos se encierran en dos, á saber: ser bueno con los hombres, y mejor con las mujeres. No hay otro medio para pasarlo medianamente en este planeta.»

### IV

Martínez II murió en carácter: murió de bondadoso á los sesenta años. Yendo con el cortejo fúnebre desde la casa mortuoria, calle de la Cruz, á la patriarcal de San Martín, Costa nos refirió en el landó de alquiler cómo había muerto.

«¿Recordáis, dijo, que hace algunos años, á raíz del cólera, apareció Martínez acompañado siempre de una linda niña enlutada, cuya paternidad ilegal le atribuyó al momento la maledicencia? Pues la maledicencia se equivocó, contra su costumbre, entonces. El verdadero padre de aquella niña, empleado de Hacienda con 3.000 pesetas anuales, acababa de morir en su respectivo sotabanco. Había sido contemporáneo, paisano, subalterno y protegido de don Rafael; y cuando pidió á éste en su agonía amparo para su hija, que no tenía madre ni parientes, don Rafael se lo prometió; y cuando la linda adolescente

de doce años vió á Martínez volver del entierro de su padre, y le preguntó llorando si la iba á llevar al Hospicio, Martínez le contestó que la iba á llevar á su casa. Tres años después habían sucedido muchas cosas en ese cuarto segundo de la calle de la Cruz que acabamos de visitar. Alguna de ellas, como por ejemplo, el cambio radical de vida y costumbres en D. Rafael, la supimos y la comentamos todos á tiempo. El amigo de medio Madrid se había dedicado por completo á las funciones de padre adoptivo. Ya no existían para él más ocupaciones ni más placeres ni más espectáculos que los que podía compartir con su hija de adopción. Apenas obtuvo ser jubilado dirigió por sí mismo, con ayuda de su experiencia y de sus varios conocimientos, la educación de la huérfana; cuidaba por sí mismo hasta los trajes que la niña usaba; y así le veíamos rebosando de orgulloso contento cuando la paseaba ó la llevaba al teatro, hecha un primor de elegancia y reflejando el buen gusto externo de su director. En una palabra, la muchacha, que se llamaba Inés, había venido á ser el centro moral de la vida del buen Martínez. Aquel corazón afectuoso, que á fuerza de querer á todo el mundo y de practicar su filosofía propicia, no sintió nunca un cariño concreto, decisivo y trascendental, había concentrado en aquella criatura todas las ternezas y todas las bondades genéricas de su corazón. Inés, como también sabéis, era guapísima: blanca, con la mejor de las blancuras, que es la pálida mate y ajazminada; con dos ojos negros como la endrina, llenos de luz acariciadora y festoneados por magníficas pestañas; con dos cerezas garrafales por labios, dos azucenas por manos y dos pequeños dijes artísticos por pies. De su talle y sus contornos poco ó nada se supo al principio de la adopción; pero un par de años después vinieron en tropel las mejores y más gustosas noticias. La virgen andaluza se desarrolló de un golpe, con la precocidad que su tierra impone, y yo recuerdo que, al verla de lejos, algunos de vosotros os quedabais con la boca abierta, y otros, los más creyentes, bendecíais á la divinidad, fuente y origen de las bellas formas...

— Es verdad, dijimos todos, pagando tributo al recuerdo exacto.

— Pues bien, siguió el orador: necesito asegurarnos que la boca más abierta y la gratitud más religiosa en presencia de aquel precioso ejemplar femenino, eran las de D. Rafael, las del gran perito en el ramo? Aquella belleza le sorbió el sexo, hasta el punto de que vivía por ella y ante ella en éxtasis. Su ama de llaves, la setentona doña Jacinta, llegó á sospechar que aquel cariño y aquel entusiasmo pasaban de castaño obscuro é implicaban un enamoramiento inmenso. Y un día se atrevió, con la audacia orgánica de las de su especie, á preguntar á su amo por qué no se casaba con la *señorita*. Y su amo le contestó que ya había pensado en ello, y que era una de las cosas que pensaba hacer *in articulo mortis*, si antes Inés no lo había hecho por su cuenta y con otro. Y cuando doña Jacinta le preguntó también por qué lo dejaba para tan tarde, D. Rafael le contestó también que las viudedades no se cobran hasta que los maridos mueren, y que él quería dejar á Inés la viudedad correspondiente á su jubilación de veinticuatro mil reales. Inés no llegó á gozar, sin embargo, de la proyectada pensión civil, porque una tarde se asomó al balcón y vió á un joven de buena figura que la miraba mucho desde el suyo, y que ya no cesó de mirarla con igual intensidad todas las tardes á la propia hora. Total, que en aquel joven había el germen de un novio y que este novio se apareció un día en la casa de D. Rafael acompañado de su padre, tendero acreditado de ropas hechas y en corte, el cual padre pidió á Martínez la mano de su pupila para el hijo. Martínez llamó á Inés, que nada le había dicho del noviazgo, la cual se lo dijo todo en presencia del interesado. La mano, pues, fué acordada y la boda se efectuó á los quince días, yéndose inmediatamente los recién casados á establecer en Barcelona, que es gran país para el comercio, un comercio idéntico al del suegro de Madrid. D. Rafael hizo donación á Inés de todo su patrimonio y se quedó otra vez solo con doña Jacinta y con su haber pasivo. A la vuelta de la estación del Mediodía, donde despidió á los jóvenes, se sintió un poco malo; le parecía ver todos los objetos de un color obscuro. Era una ictericia negra que le entraba y que ya no debía salirle del corazón sino con la vida. Su tristeza se desarrolló y duró tres años. El pobre Martínez sólo tenía un día de alivio en la semana, el día en que recibía carta de Inés: los demás los pasaba esperando la carta siguiente. Doña Jacinta le instaba para que volviese á su antiguo vivir agasajado y divertido. D. Rafael se negaba bajo el pretexto de que, según decía, no estaba ya para jolgorios, pero en realidad porque seguía viendo negro, muy negro, el mundo. Al principio sa-

lió á paseo todas las tardes, después alguna que otra, luego ninguna. Empezó á sentir gran debilidad, que en breve no le permitió moverse de una butaca. Doña Jacinta llamó al médico: el médico fué, observó y dijo que aquello no tenía remedio, que era una anemia incurable, una luz que se apaga. Doña Jacinta lloraba á hurtadillas. D. Rafael sonreía sin cesar á doña Jacinta, y se pasaba las mañanas contemplando la gran fotografía iluminada de Inés, que presidía su cuarto, y las tardes mirando á través del cristal del balcón la tienda del suegro. Una noche se acostó con gran fiebre y el ama de llaves le oyó delirar y decir: «¿Por qué no me llamas á tu lado? ¿Qué hago yo aquí, yo que te quiero tanto, yo que sin ti me muero?» Y doña Jacinta lloró doblemente al considerar la ingratitud de la señorita. Por la mañana llegó el correo con carta de Barcelona, y tuvo que leerla al señor, que ya no podía leer. Era del marido de Inés participando el segundo feliz alumbramiento de su mujer. Cuando acabó la lectura, doña Jacinta alargó el papel á su amo; pero éste no pudo tomarlo porque, aunque seguía sonriendo, estaba muerto. Aquella era la última sonrisa del buen Martínez.  
¡Pobre D. Rafael!

S. LÓPEZ GUIJARRO

BOCETOS  
UNA FIERA

Aterrorizan los relatos de esas fieras que silenciosas y traidoramente, ó rugientes y amenazadoras, se abalanzan sobre los confiados viajeros al pasar por la estrecha garganta de un precipicio, al cruzar una estrecha llanura del desierto, atravesando un enmarañado bosque, al vadear un río ó flotando sobre un resto de buque en la inmensidad del Atlántico. Si el relato y la sola idea de eso pone los pelos de punta, calcúlese el espanto que ha de causar la realidad al encontrarse con el tremendo y poderoso león de las vertientes del Atlas, el astuto tigre de Bengala, la cautelosa pantera del Ganges, el repugnante cocodrilo del Nilo, el as-



FELICIDAD, cuadro de Ramón Pulido y Fernández  
(Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)

queroso hipopótamo de la Abisinia, el estúpido y feroz oso blanco de la Laponia, el fétido condor del Himalaya, la retorcida serpiente de las Pampas, el voraz tiburón del Océano, la hedionda hiena..., figúrese cualquiera la realidad de tales encuentros, sin amparo y sin defensa.

Y sin embargo, ¡lo que es la costumbre!, vivimos tan confiada y tranquilamente como si tal cosa, rodeados de fieras semejantes, apenas sin reparar en ellas, aun sabiendo los estragos y destrozos que causan, no sólo á diario, sino á cada momento.

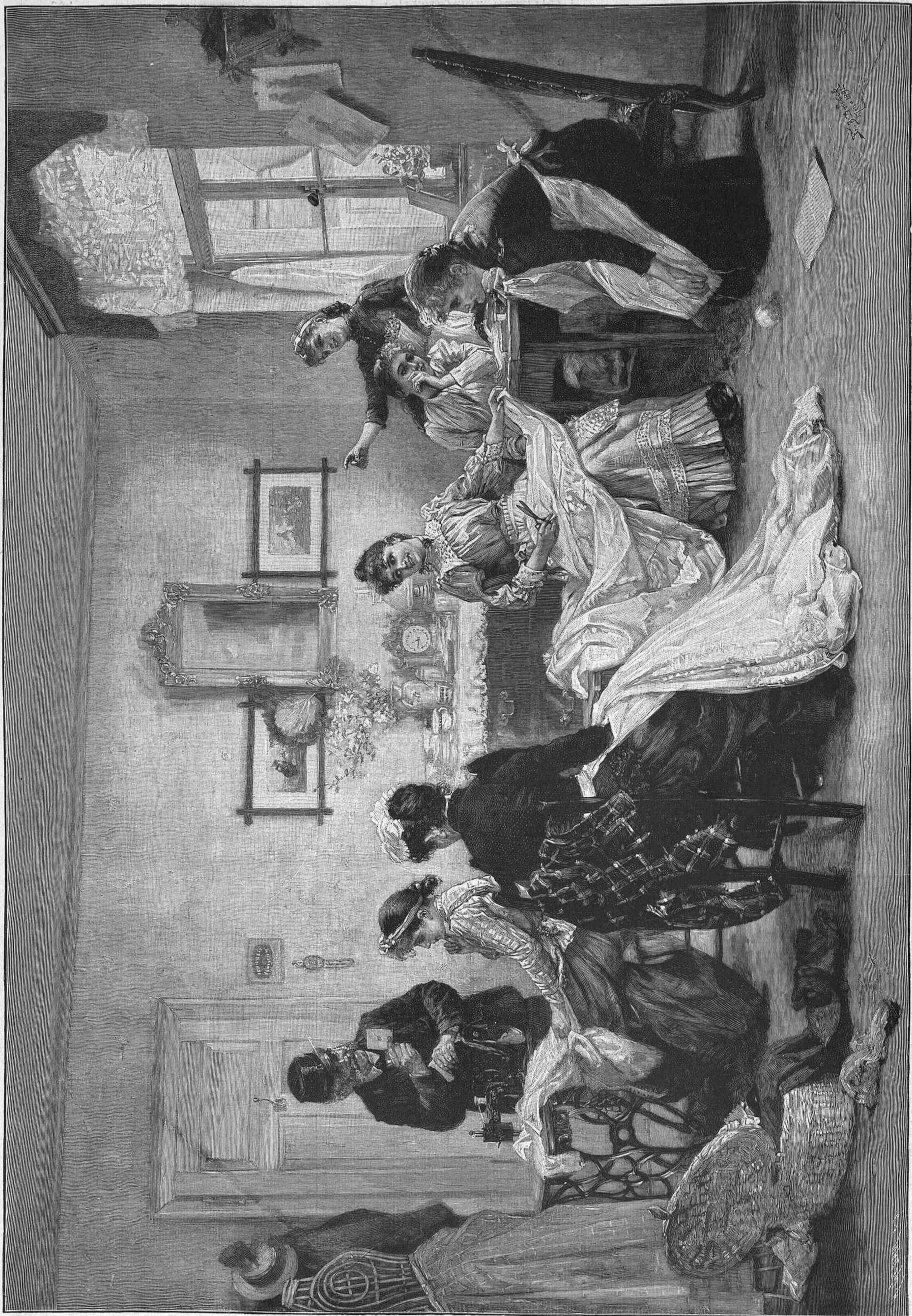
La cuestión es sencilla, se reduce á cambio de nombre y variación de escena. Pongamos por caso.

El tremendo y poderoso león aparece revestido con la prepotencia de alto funcionario ocupando un sillón de... primera categoría; el astuto tigre, detrás de la mesa del estrado de un tribunal; la cautelosa pantera, el que dirige el teje maneje de un banco de crédito; el inmóvil y repugnante cocodrilo, el capitalista que absorbió el dinero de los cándidos que se lo entregaron; el asqueroso hipopótamo, esos ricachones ó herederos de gran fortuna que se pasan la vida sin idea de algo superior á ella; el torpe y feroz oso blanco, esos brutales asesinos de encrucijada, buhardilla ó chiribitil, que como valen poco con poco se contentan, y suelen ser, quizá precisamente por eso, los únicos que dan trabajo al verdugo; el condor y demás género de pluma y rapiña, la gente de ídem; la retorcida serpiente, desde la boa *Constrictor* á la venenosa víbora, la chusma que invade y llena las curias; el elefante, esos caciques de localidad dispuestos siempre á tumbar de un trompazo á quienes les estorben en sus trapisondas; el voraz tiburón de encajados dientes, esos letrados de ancha tragadera, á quienes, con tal que dé, lo mismo da sostener blanco que negro y contrariar hoy lo que ayer defendieron; la asquerosa hiena, esos usureros en pequeño para realizar en grande mayores saqueos..., los cuales sobrepujan en nauseabunda asquerosidad á toda la repugnancia junta de los demás, ¡y eso que cada cual presenta un buen contingente!

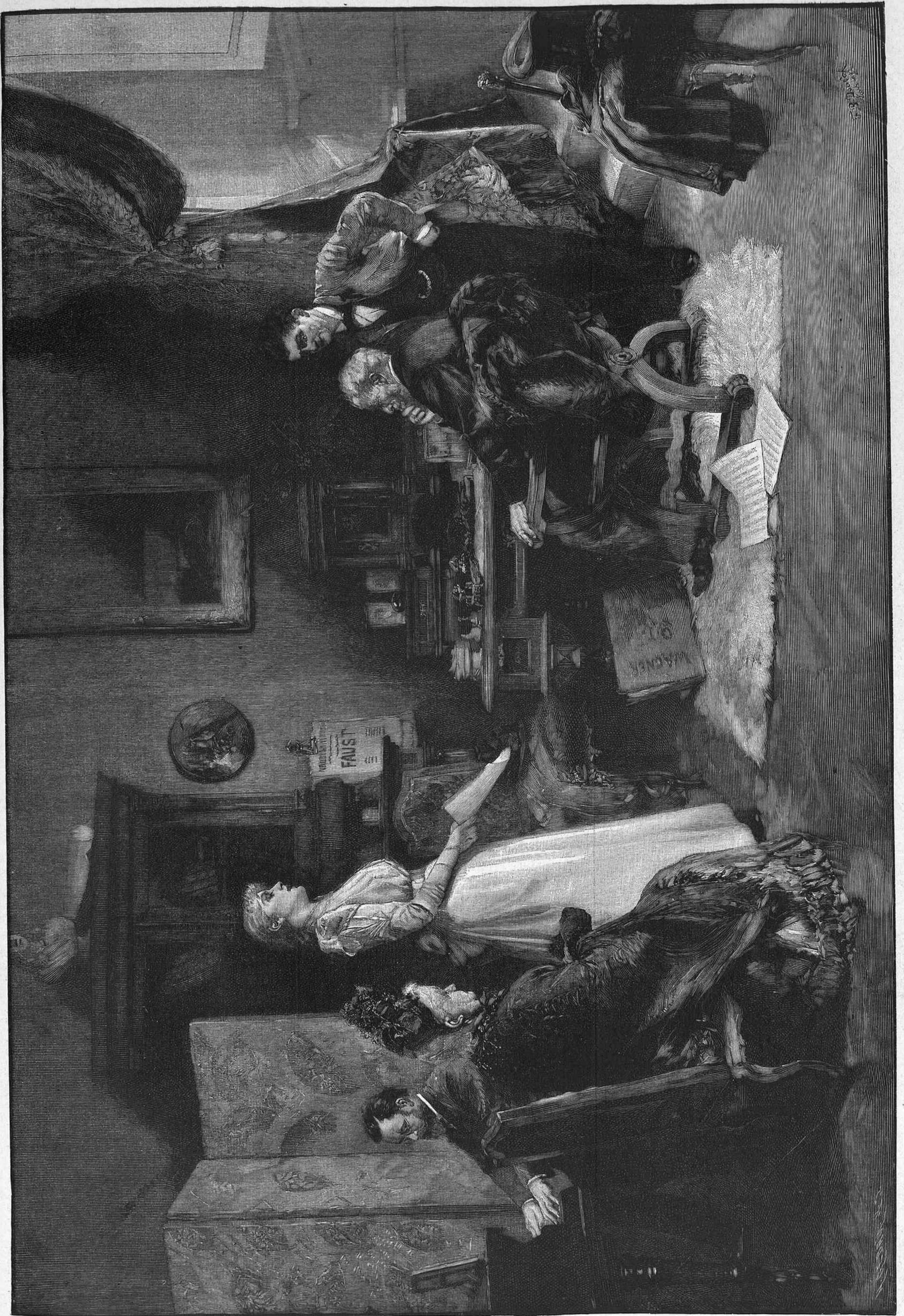
Esas fieras, que lo son y de veras, no



EL ENTIERRO DEL PILOTO, cuadro de Juan Martínez Abades (premiado en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892)



LA CARTA DEL NOVIO, cuadro de F. B. Doubek



LA PRUEBA DE UNA TIPLÉ, cuadro de F. B. Doubeiz (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, 1892)

nos espantan ni nos horrorizan, porque estamos familiarizados con ellas: nos acechan, nos preparan emboscadas y sorpresas, y cándidamente sin escarmiento caemos en ellas; y nos aprietan, estrangulan y destrozan, y nos quedamos tan amigos, viviendo en santa paz y compañía: apenas pensamos en vengarnos; ni siquiera movidos por instinto de conservación intentamos unirnos para la común defensa.

Pudiendo añadir aún que cuanto más dañina y mala sea esa fiera social, tanto más motivo de respeto y deferencia impone; y llevándolo al extremo límite, parece como que nos envanezcamos de frecuentar su guarida con aspecto de suntuoso palacio, y hasta sus zarpazos nos parecen graciosas caricias, sus groserías lindezas y sus bramidos chistes, y... ¡Casi va el mundo bimba mia!

La pintura no es subida de color, es más bien pálida: seguramente la mayor parte de los lectores dispondrán de propia paleta para recargarla, dejándola a su gusto y en su punto.

Pero al fin, aquellas fieras de por allá, sencillamente entregadas a sus instintos, entre sus géneros, especies y familias, no se dañan, ni se destrozan, ni se matan unas a otras: satisfechas sus funciones naturales y llenadas sus necesidades, nada extreman; como no conocen el vicio, no se abandonan a ningún exceso. En cierto modo pueden considerarse como brutos racionales.

Pero entre los hombres, parece que el espíritu de conservación individual estriba en destruir, y sus funciones naturales han de ir más allá de su línea, y sus goces y necesidades han de hallarse dentro de los excesos del vicio: su concupiscencia no conoce valla ni freno, y para satisfacerla cualquier medio le parece aceptable y lo estima como excelente, y sobre todos el mejor y de resultado seguro la destrucción de sus semejantes. Diríase que para él lo más sabroso son las lágrimas y el sudor y la sangre de otro hombre, de su semejante, de su hermano. Y así los tales, ó sean las fieras de por acá, en cierto modo invirtiendo la idea pueden ser considerados como racionales brutos... ó embrutecidos, que es peor. ¿No es verdad que el hombre inocente y cándido es lo más cándido y más inocente que puede darse? ¿No es verdad, que la *Fiera Hombre* es una gran fiera?

JUAN O-NEILLE



**Bellas Artes.** - La Galería Nacional de Berlín envía a la Exposición universal de Chicago ocho esculturas y veinte cuadros que firman, entre otros, los escultores Begas, Eberlein y Brutt y los pintores Keller, Schuch, Liebermann y Knaus.

**Salón París.** - Como todos los años, los pintores Casas y Rusiñol en compañía del escultor Clarasó han organizado una exposición con varios de los trabajos realizados desde la anterior, en la que tomó parte el desgraciado Canuda, muerto el verano último en la villa de Sitjes, donde todo el sol esplendente de nuestro litoral, reflejado por las azules ondas mediterráneas, fué insuficiente remedio á la dolencia contraída allí en las cimas de Montmartre junto á las aspas del molino de la *Galette*, cuando en compañía de los expositores que nos ocupan luchaba valientemente para resolver el difícilísimo problema de ganar su vida y practicar el arte, sueño y aspiración de toda su misera existencia. Descanse en paz el buen amigo, el hombre honrado y el ferviente artista.

Como en sus anteriores manifestaciones, preséntanse Rusiñol y Casas consecuentes y fieles á su manera de sentir, aunque esta vez sean sus estudios, á la par que en número más reducido, algo más interesantes en su concepto y ejecución que otras veces: muchas de las notas, impresiones y verdaderos cuadros expuestos no son parisienses, son impresiones recibidas, sentidas entre nosotros y entre nosotros reproducidas; diferencia digna de tener en cuenta, dada la filiación con que se ha caracterizado á estos artistas, y que explica la mayor benevolencia con que el público las ha recibido.

Curioso es en verdad, y prueba una vez más la insignificancia de nuestro movimiento artístico, el anatema que han merecido generalmente del público y de la crítica Casas y Rusiñol por el solo hecho de presentarse sinceros y espontáneos, en trabajos que más que resultados son medios para producirlos algún día, estudios y observaciones de temperamento verdaderamente de artista, revelaciones que en otras partes se miden por el valor que manifiestan, no por la novedad de procedimientos que supongan, al propio tiempo que entre éstos presentan obras que reúnen condiciones suficientes para ser apreciadas seriamente, sean unas ú otras las tendencias que signifiquen. Y afirma nuestras palabras el hecho de que se moteje á esos artistas de impresionistas, cuando tanto distan en su pintura de las cualidades típicas que caracterizan á los representantes genuinos de esa escuela.

Sea como fuere, Rusiñol y Casas exponen en su variada labor muestras de valer suficiente para que se les aplauda, aplauso que debe hacerse extensivo á Clarasó por la gallarda muestra que de su talento presenta con el modelo monumental que expone.

**Teatros.** - En el teatro de la Residencia, de Berlín, se han estrenado en un mismo día tres obras en un acto del poeta sueco Strindberg, de las cuales la tragicomedia *El acreedor* causó profunda impresión, al paso que la comedia *Signos de otoño* y la tragedia *Antes de la muerte* apenas gustaron. Según los perió-

dicos alemanes, este notable representante de la escuela naturalista del Norte también escudriña con preferencia los aspectos malos del alma humana, así es que los personajes de las tres obras citadas acusan únicamente sentimientos é ideas de debilidad, baja y brutalidad.

**París.** - La pantomima en todas sus aplicaciones teatrales ha prevalecido en la última quincena en París, en donde se han estrenado: en el Nuevo Circo *Paris Clown*, revista pantomima de Sartac y Alevy; en el teatro de Aplicación, *Une soirée chez M. le sous-prefect*, monomima de Galipaux con bellísima música de Thomé, y en el Circo de Invierno, *Les Français au Dahomey*, mimodrama militar. En los Bufos Parisienses se ha reproducido *L'Enfant prodigue*, pantomima de Carré con deliciosa música de Wormser. Se han estrenado además con buen éxito: en Variedades *Le premier mari de France*, vaudeville en tres actos de Albin Valabregue; en Cluny, *Les Cambrioles de l'année*, revista en tres actos de Milher y Numés; en el Palais Royal, *Le Vegetione*, graciosa comedia en tres actos de A. Bisson y A. Carré; en el Gimnasio, *Les amants légitimes*, comedia en tres actos de A. Janvier y M. Ballot; en el Circo Fernando, *A bride abattue*, revista ecuestre, en la que los clowns, Amazonas, gimnastas, etcétera, etc., con gran aparato de caballos, coches y velocípedos, representan los principales acontecimientos ocurridos durante el año en París; y en el Chateau d' Eau, *Le crime d'Ortizal*, interesante drama en cinco actos y ocho cuadros, de E. Mendel y E. Pourcelle, tomado de la novela del mismo título de Emilio Gaboriau.

**Madrid.** - En el Real el tenor Tamagno ha cantado con gran aplauso *Guillermo Tell* y *Otello*, ópera esta última en que compartió con él la ovación la Sra. Tetraxini: en ambas logró nuevos triunfos el Sr. Mancinelli: para *debut* de la Sra. Fabri, que fué muy bien recibida, se ha puesto en escena *Oryfeo*. En el Español se ha verificado el beneficio de la señorita Contreras con la representación de *Un drama nuevo*, en la que obtuvo, junto con el Sr. Vico, muchos aplausos. En el Príncipe Alfonso sigue contando por conciertos el número de triunfos la Sociedad de Conciertos de Madrid dirigida por Mancinelli: en el quinto fueron especialmente aplaudidas la marcha fúnebre de *Stegfried*, el preludio de *Tristán é Isolda* y la balgata de *Las Walkirias*, de Wagner, y la quinta sinfonía de Beethoven. Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia, *Abogar contra sí mismo*, comedia en tres actos de D. Miguel Echegaray, de interesante argumento, muy bien estrita y abundante en chistes cultos, y en Lara, *El mochuelo*, juguete en un acto de los Sres. Limendoux y Rojas. En este último teatro se ha verificado el beneficio de la Sra. Valverde, una de las artistas predilectas, y con razón, del público madrileño. En la Zarzuela han comenzado con gran éxito las representaciones de *Miss Helyet*, cosechando en ellas muchos aplausos la señorita Pretel y el Sr. Banquells.

**Barcelona.** - Se han estrenado con aplauso: en Romea, *La mosca al nas*, comedia en un acto de D. Federico Soler, bien escrita y abundante en chistes; *Nit d'aygua*, graciosa pieza en un acto del Sr. Ferrer y Codina, y *La dama de Reus*, interesante drama en tres actos, de D. Manuel Rocamora; en Novedades, *El marqués de Carquinyoli*, chistoso juguete en un acto, de G. Gumá; en el Eldorado, *Las fiestas de Villacañas*, graciosa zarzuela en un acto, de D. Bernardo de Pablo, con agradable música del maestro Estellés, y *La boda de Serafín (a) el Zapaterín*, letra de D. Constantino Gil y música del Sr. Valverde (hijo). En el Circo Barcelonés, la compañía Tani ha puesto en escena *Don Pedro del Medina*, opereta del maestro Lanzini, y *Kakatoa*, opereta en tres actos, de Offenbach y Ricci, habiendo sido aplaudidos el director de la compañía, Sr. Tani, las señoritas Tani y los Sres. Delecese y Navarrini. Mme. Judic ha dado cuatro representaciones en el Principal y una extraordinaria en el Lírico, ésta con el solo objeto de poner en escena *Le parfum*. En el Tivoli ha comenzado sus representaciones una compañía de ópera italiana. La Sociedad Catalana de Conciertos ha dado los dos primeros de esta temporada, que han valido entusiastas ovaciones á la misma y á su director señor Nicolau por lo selecto de los programas y la excelente ejecución de los mismos: en el segundo se estrenó la introducción al poema sinfónico *L'Atlántida*, del joven compositor Sr. Morera, que se ha revelado en ella como maestro inspirado y peritísimo en materia de instrumentación y que fué aclamado con entusiasmo.

**Necrología.** - Han fallecido recientemente:

Doña Concepción Arenal, renombrada escritora, admirada por los más eminentes publicistas por sus profundos conocimientos en las ciencias jurídica y sociológica, autora de multitud de obras universalmente celebradas, entre ellas *Manual del pobre*, *Derecho de gentes*, *Cartas á un señor*, *Cartas á un obrero*, *Cuadros de la guerra*, *La esclavitud*, *La beneficencia*, *la filantropía* y *la caridad*, *Manual del preso* y otras muchas, algunas de las cuales han sido traducidas al polaco, al inglés, al italiano, al francés y al alemán.

José Alfredo Foutón, cardenal arzobispo de Lyon y primado de las Galias.



**Una elegante en 1889, cuadro de Van den Bos.** - Los que visitaron nuestra Exposición internacional de 1891 recordarán sin duda el magnífico cuadro de Van den Bos, *El heredero*, que en ella figuraba y que reproducimos en el número 497 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Todas las cualidades notabilísimas que en aquella obra resplandecían aparecen con mayor realce, si cabe, en esa figura que hoy publicamos, concebida dentro de las leyes del gusto más exquisito y ejecutada con todos los primores que la perfección artística exige.

**Granada por los Reyes Católicos, boceto al óleo de Isidoro Marín** (de fotografía de J. García Ayola). - Cuando Isidoro Marín expuso su cuadro representando la *Purificación de los moriscos por el arzobispo Fr. Hernando de Talavera*, hicimos observar las relevantes condiciones que reconocíamos en el joven artista granadino para la composición de asuntos de carácter histórico, augurándole, á seguir por tal camino, seguros triunfos. Y que no nos equivocamos en nuestras apreciaciones, han venido á demostrarlo después su magnífico cuadro titulado *Prisión de Boabdil en la batalla de Lucena*, pre-

miado en el concurso celebrado en Granada con motivo de la coronación del hoy llorado poeta D. José Zorrilla, y el no menos interesante que reproducimos, titulado *Granada por los Reyes Católicos*, premiado también por la Municipalidad granadina en el concurso celebrado para conmemorar el cuarto centenario de la Reconquista. La producción del Sr. Marín representa con notable originalidad y completa exactitud histórica la toma de posesión de la capital de Boabdil, ocurrida el día 2 de enero de 1492, en el que, como saben nuestros lectores, Colón descubrió un nuevo mundo y realizóse la unidad nacional.

**Triste recuerdo, cuadro de Antonio Coll y Pi** (Salón París). - Innegable es que el cariño de nuestros padres, hermanos ó deudos nos sostiene y anima, siendo el alimento moral de nuestras almas. Nacidos para amar, nuestra existencia pierde sus atractivos al desaparecer los seres que desinteresadamente nos prodigaron inequívocas y señaladas muestras de verdadero afecto. Y si en la criatura humana no existiera el instintivo convencimiento de su conservación, sucumbiríamos anegados por la fuerza del dolor que nos domina.

Tales son las consideraciones que han inspirado al joven cuanto inteligente pintor Antonio Coll el sentido cuadro que reproducimos, digno compañero del que ha tiempo dimos á conocer á nuestros lectores, titulado *Viudo*, que al igual de éste llamó justamente la atención de los inteligentes. En una y otra composición revélase el artista que siente y discurre y que, convencido de su misión, pinta cuadros de la vida real, escenas que se desenvuelven á nuestro alrededor, episodios sentidos que interesan por su delicada intención. Además es recomendable el cuadro del Sr. Coll por la discreta disposición de las figuras y por la sobriedad del colorido, que se armoniza perfectamente con la índole de la escena representada.

**Noble y plebeyo, acuarela de W. Strutt.** - El contraste que á nuestros ojos ofrece no puede ser más completo, y el pintor al reproducir en el lienzo esos dos tipos nos ha presentado el modo de ser de una época en que entre las distintas clases sociales existía una barrera infranqueable, época afortunadamente destruída por las leyes y las costumbres que cada día tienden más á apreciar al hombre por sus propios méritos y á facilitar aun al más humilde los medios para encumbrarse por su propio esfuerzo.

**Felicidad, cuadro de Ramón Pulido y Fernández** (Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). - El Sr. Pulido forma parte de ese grupo de jóvenes artistas que por sus especiales aptitudes representan ya la venidera generación artística. De ahí que al examinar sus obras lo hagamos siempre tratando de adivinar en ellas algún rasgo de genialidad, algo que revele una personalidad, un pintor que llegue á honrar con sus producciones el arte patrio. Si el pensionado por la Diputación de Madrid llegará á la meta, imposible es adivinarlo, por más que sus obras patentizan ya las recomendables cualidades que posee y un temperamento de artista. Preciso es, pues, limitarnos á consignar que los cuatro lienzos que han figurado en la Exposición de Bellas Artes, entre ellos el que reproducimos, son tan bellos por el concepto como por su factura, no titubeando en afirmar que si por tal senda sigue el Sr. Pulido, logrará alcanzar justa recompensa á sus afanes.

**El entierro del piloto, cuadro de Juan Martínez Abades** (premiado en la Exposición internacional de Bellas Artes de 1892). - España, que cuenta con dilatadísimas costas bañadas por dos mares, ofrece al observador la anomalía de ser el país en donde sus artistas han rehuído por largo tiempo dedicarse al estudio de la marina. Hace pocos años que contamos entre los pintores un grupo de marinistas, si bien éstos, aunque en reducido número, han logrado justa y merecida nominación. Juste, Monleón, Meifrén y Martínez Abades son nombres ya conocidos y sus obras apreciadas en todos los centros de arte.

El Sr. Martínez Abades, que ya se distinguió en la Exposición nacional de 1890 por su notable lienzo titulado *El Viático á bordo*, ha logrado en el certamen de 1892 otra nueva recompensa por su gran cuadro *El entierro del piloto*, tan sentido como el anterior y tan bellamente pintado que revela el profundo estudio del artista asturiano y sus cualidades excepcionales para el cultivo del género especial á que se dedica con singular éxito.

El asunto desarrollado por el Sr. Martínez Abades interesa extraordinariamente. En un buque anclado en el puerto acaba de morir un marino, el piloto, cuyo cadáver transportado en una lancha recíbenlo en el muelle sus deudos y amigos para que descansan sus restos en la tierra que le vio nacer. La muerte le respetó cuando el buque por él gobernado era juguete de las olas, y cuando podía hallar en el seno del hogar calma y reposo, encontró la muerte al divisar las casas blancas de su pueblo.

Tal es el asunto del lienzo, y á la vez que aplaudimos al artista, bueno es consignar que como suponemos el cuadro inspirado en un hecho de la vida real, debemos al pensar en él acatar los fallos de la Providencia.

**La carta del novio.** - La prueba de una tiple, cuadros de F. B. Doubek. - El autor de estas dos obras pertenece á la tan celebrada escuela de Munich, cuyas excelencias bien se advierten en estos cuadros. Hállase en ambos tratada con especial cuidado la parte plástica; pero lo que en ellos más atrae es la reproducción del elemento psíquico, sin el cual no puede haber verdadera obra de arte. En efecto, examínense una por una las figuras que en las dos composiciones entran, y en ninguna de ellas dejará de encontrarse la expresión propia, perfectamente ajustada al estado de ánimo en que el autor quiso representarlas; y si á esto se añade la corrección del dibujo, la bien entendida agrupación de las personas, la acertada disposición de los accesorios y la irreprochable distribución de luz, se comprenderá el aplauso con que han sido recibidas por la crítica y por el público estas dos obras del pintor alemán.

**En el vestíbulo, cuadro de Renato Reinicke.** - Pocos artistas igualan á Reinicke en la pintura de tipos y asuntos del gran mundo, como son los del cuadro *En el vestíbulo*: la finura de su lápiz, la delicadeza de su pincel y la suavidad de su colorido hacen de sus obras modelos acabados de corrección y de buen gusto. Todo en sus cuadros es elegante, todo se presenta en ellos saturado por una atmósfera aristocrática, de buen tono, que cautiva; todo en ellos, además, es natural: porque Reinicke busca y reproduce la verdad, pero la busca allí donde hay belleza y sentimiento y color, y la reproduce con sin igual cariño, dando á cada uno de los elementos de su composición todo el valor que ha de tener á fin de que ésta sea completa en su conjunto y en sus detalles.

## CARGO DE CONCIENCIA

POR JUANA MAIRET, CON PRECIOSAS ILUSTRACIONES DE A. MOREAU

(CONTINUACIÓN)

- Pues entonces... murmuró, ¿por qué razón han detenido á Roberto, si tú dijiste?..

- El procurador no ha creído en mi palabra, y tú misma inocentemente le has confirmado en la convicción de que yo había mentado para salvar á Roberto.

- Y en efecto, ¿has mentado?..

- He dicho la verdad.

Edmunda hablaba con trabajo, sofocada y con el rostro enrojecido.

Entonces, incapaz de dominarse é indiferente á los golpes que dirigía, exclamó con violencia:

- ¡Pues entonces... tú eres la causa de todas estas miserias! ¡Ah! ¡Malhaya de las personas que toman los asuntos de los demás con más interés que uno mismo! Yo no tenía ninguna necesidad de tu ayuda, pues siempre supe condu-



Marta se arrodilló é hizo un esfuerzo para orar

cir mi barca yo sola. Si no te hubieras mezclado en nada, Roberto habría ido á casa de la señora Robinsón; allí habría sido visto de todos, y nadie hubiera pensado en acusarle de ese estúpido crimen... y yo no me vería en la situación equívoca y ridícula de mujer casada, sin esposo...

- ¡Edmunda!, exclamó Marta dolorosamente.

- Sin embargo, todo cuanto te digo es verdad...

Quando yo era niña me llevaron á un teatro, y recuerdo que allí había una casada cuyo matrimonio se declaró irregular á causa de no sé qué...; se la veía en el acto siguiente vestida siempre de blanco, pero entre las flores de su corona llevaba naranjitas verdes y otras casi maduras, lo cual hacía reír mucho.

- ¡La llevaban á usted á ver cosas bonitas!, murmuró la tía Aurelia.

- Pues bien, continuó Edmunda hablando más precipitadamente, yo miraba todas las mañanas mi corona de flores de azahar, buscando las naranjitas verdes... y esto me producía tales accesos de furor, que ayer mismo la quemé. Los criados me llamaron aquí casi siempre señorita Edmunda; los campesinos me miran con sorna cuando pasan cerca de mí, y yo os digo que mi situación es ridícula é intolerable.

En el silencio de asombro que siguió á estas palabras, oyóse á la tía Aurelia murmurar:

- Esta vez, el nudo ha roto la aguja... en seco...

- Querida Edmunda, dijo Marta dulcemente, cuando recobres la calma te arrepentirás de tu violencia, pensando que es horriblemente cruel haber sido con las mejores intenciones del mundo la causa involuntaria de una sensible desgracia... que esto hace pasar días penosos y noches terribles...

La señora de Ancel, pensando sólo en su hijo, exclamó:

- ¡Ah, Marta! ¿Por qué haber callado en el momento mismo? ¿Por qué ocultarse para que ahora no baste su palabra de usted para salvar á mi hijo?..

- ¿Por qué, por qué?, repitió Edmunda. ¿Quién sabe si todo este misterio no encierra un sentimiento oculto? En el país, según me han dado á entender últimamente, se cree que cuando Marta era más joven se trataba de casarla con Roberto.

- No he merecido tus duras palabras, Edmunda, dijo Marta, y por esto mismo no las toleraré.

La señorita de Levasseur se había levantado á su vez, con dignidad, pero horriblemente pálida, sin poder ocultar todo cuanto sufría, y Edmunda se sintió al fin un poco avergonzada.

- Te pido perdón, Marta, dijo; pero... ¡si supieras cuán desgraciada soy!

- ¡Ay de mí, pobre niña!, replicó Marta, abrazando á su hermana tiernamente, á mí me contrista tu pesar tanto como mis angustias.

Y después de aquella explosión de violencia y de injustas recriminaciones, siguióse una pausa y se trató de hablar de otras cosas, pero sin conseguirlo. Al cabo de otra pausa, la señora de Ancel dijo al fin:

- Voy á proponer una cosa. Yo vuelvo á casa, donde mi presencia es necesaria; pero la soledad me atemoriza. Si Edmunda quisiese acompañarme, podría tomar posesión de las habitaciones preparadas para ella, y estaría allí como en su pequeño reino, en casa de su esposo. Y cuidaré, querida niña, añadió con triste sonrisa, de que no se la llame nunca «señorita,» y Marta no quedará sola, puesto que su tía le ha servido de madre hace muchos años. Es tan buena y generosa, que me cederá durante algún tiempo á su hermanita...

Así se hizo, y esta solución produjo una agradable expansión en los ánimos. Edmunda, niña mimada y voluntariosa, una vez disipada su cólera y no comprendiendo bien su violencia, trataba de hacerla olvidar, mostrándose como antes zalamera y seductora; pero la complació mucho marcharse con su suegra.

Quando se atestiguó en lontananza el ruido del coche que conducía á las dos mujeres, Marta fué á sentarse en un taburete, como cuando era niña, y muy fatigada apoyó la cabeza sobre las rodillas de su tía. El silencio de aquel gran salón le parecía invitar al reposo, y las dulces caricias de la mano regordeta de la señora Despois le hicieron mucho bien; ahora podía callarse ó hablar según se le antojara, y no debía esforzarse para disimular.

Al cabo de un rato de silencio, la tía Aurelia se inclinó y le dijo en voz muy baja con la mayor dulzura:

- ¡Pobre Marta!.. Yo no había comprendido al pronto. Tú le amabas y le has cedido á tu hermanita...

Marta no tuvo fuerza para protestar... ni sus labios pronunciaron la palabra «no;» hubiera querido desahogarse llorando; pero hacía ya largo tiempo que se habían secado las lágrimas en sus ojos.

Las caricias maternas y las palabras dulces acabaron por calmarla, produciéndola muchísimo alivio, y al fin la tía exclamó como á pesar suyo:

- ¡Quando te dije que la desgracia entraría aquí con la hija de la actriz!..

## XIV

Acercábase el día del proceso, señalado para principios de diciembre, y el verdadero asesino no se encontraba.

La señora de Ancel y Edmunda habían conseguido al fin que se les permitiera ver al preso, y sus visitas les proporcionaron un poco de calma y esperanza. Roberto parecía tan seguro del resultado y hablaba tan tranquilamente del viaje á Italia, fijando la fecha después de terminarse el asunto, que su confianza se comunicó á las dos mujeres. Había tenido una larga entrevista con su abogado, hombre célebre de arrebadora elocuencia, que el marqués de San Pedro había ido á buscar á París; y este abogado, llamado Bourdois, no parecía dudar de la absolucón. Entretanto Roberto trabajaba con afán en su *Historia de los duques de Saboya*, y había casi concluído el primer capítulo, capítulo de consideraciones generales, cuya redacción exigió un trabajo muy prolongado y minucioso.

Estas noticias llegaban al castillo á intervalos. El tiempo era espantoso, y hasta las visitas entre vecinos se hicieron difíciles. Con frecuencia algunas breves cartas consolaban á las dos reclusas.

Entre las hermanas, cuando se veían manteníase una tensión visible. Las largas conversaciones íntimas que tanto les complacían y en que las dos se comunicaban sus impresiones eran ya imposibles; pero mostrábanse muy cariñosas una con otra. Edmunda coqueteaba casi para reconquistar el terreno perdido, pues necesitaba siempre ser adorada de aquellos y aquellas que la rodeasen. Por lo demás había recobrado en gran parte su alegría y buen humor, y era tal en ella la necesidad de vivir y divertirse, que la tristeza y la desesperación no le hacían gran mella. Bien mirado, la alegría es más bien cuestión de temperamento que de circunstancias. La primera vez que Marta oyó la franca carcajada de Edmunda estremeciéndose, pareciéndole que el eco debía resonar hasta en la prisión de Roberto...

La señora Despois dejándose llevar otra vez completamente de la antipatía que en un principio le inspirara Edmunda, decía para sí: «¡Diantre, ha sido amabilísima mientras se trató de aprovechar del afecto que tan bien sabía granjearse!; mas ahora, ¿de que le serviría? Nos ha robado el marido que deseaba, y ahora no nos necesita ya por el pronto; pero quiere dejar una puerta abierta. En tanto que como vecinas del campo, y al fin parientes, no pongamos mala cara, todo está bien, pues no se riñe en tales condiciones; pero la intimidad, la verdadera... ¡ah!... ésta murió de veras. ¡Y pensar que Marta sufre, que le ama... con ese afecto exagerado que en la infancia manifestó á sus muñecas hasta las más feas y á sus juguetes más viejos!.. Si aún se debiera hacer el sacrificio, lo haría, y si se la impusiese otro más doloroso, lo aceptaría también...»

¡No creía seguramente la tía Aurelia que pronosticaba tan bien! No había hablado á su sobrina más del secreto adivinado, y Marta no la excitaba tampoco á ello, pues la menor alusión bastaba para que sufriese.

A pesar de todo, la señorita de Levasseur esperaba: sin duda se descubriría al asesino á tiempo, y no sería ya necesario su doloroso sacrificio. En diversas ocasiones habíase creído estar sobre la pista del culpable, y todo el mundo, incluso aquellos que al principio se mostraron más hostiles á Roberto, acabó por creer en aquel misterioso malhechor desaparecido y en que bastaría una casua-

lidad cualquiera para encontrarle. El criminal, estimulado por la impunidad, no se limita comúnmente á su primer atentado, y un segundo delito conduce con frecuencia á descubrir el primero...

Gracias á su amigo el marqués de San Pedro, Marta pudo seguir estas peripecias; cada vez creía más en el triunfo, sin duda porque necesitaba mucho creer en él, y á cada nueva decepción recaía en su pesar. Su salud comenzó á resentirse muy de veras de aquellas terribles agitaciones, y nada era más curioso que ver el contraste entre sus facciones pálidas y enflaquecidas y el fresco y tranquilo rostro de Edmunda, que después de las primeras semanas había recobrado su buen apetito, y persuadida de que todo marcharía bien, hacía sus preparativos para una prolongada permanencia en el extranjero.

Al fin se llegó á la víspera del día en que iba á verse el proceso; no se había descubierto nada; y la impresión general, tan voluble y traidora, volvía á ser hostil para aquel acusado que llevaba un nombre distinguido.

Un gran diario de París, célebre por su violencia para todo acusado, fuera quien fuese, publicó un artículo, á la verdad muy notable, sobre la cuestión Bertrand-Ancel, que era una verdadera requisitoria, y contundente. El redactor judicial daba muchos detalles sobre la juventud de los dos discípulos, sus disputas de colegiales y su antipatía natural, insistiendo mucho sobre la rivalidad de los dos jóvenes enamorados de la misma mujer, rivalidad que desde los primeros días tomó un carácter inusitado de violencia y de pasión. Dos palabras dichas al paso respecto á la destreza muy conocida del capitán como duelista y á la vida estudiosa y sedentaria de Roberto de Ancel, que por tal concepto era incontestablemente inferior á su adversario, terminaban el artículo con pérfida intención.

Después de leer aquello, todo jurado debía decirse que el hombre á quien iba á juzgar no podía menos de ser el asesino de Jorge Bertrand, un asesino á quien se trataría de reconocer inocente á causa de la respetabilidad de su familia y de su fortuna.

Marta no leyó aquel diario hasta la víspera del proceso, y creyó volverse loca.

Al día siguiente debía marchar á Caen á primera hora, pues había sido citada como testigo, dispensándose de la comparecencia á la madre y á la joven esposa del acusado, pues nada tenían que decir que no fuese conocido ya.

Lo primero que hizo fué correr á casa de su amigo y consejero el marqués de San Pedro: aquel día el frío era muy seco y riguroso.

Al entrar en la habitación del marqués, que no podía salir por hallarse aquejado de un ataque de gota, apenas pudo Marta balbucear algunas palabras.

— Ya lo sé, hija mía, dijo el anciano; he leído el artículo...

— Y bien, ¿qué hacer?...

— Nada tenemos que hacer. El Sr. Bertrand remueve cielo y tierra para obtener lo que él llama justicia y tiene muchos amigos periodistas. Roberto cometió una imprudencia al tratarle con cierta ligereza en el momento de la primera información; y ahora ese hombre está persuadido de que su misión es sagrada, y de que debe hacer condenar á su cuñado de usted; de modo que como adversario el tal Bertrand es muy temible. Nosotros hemos estado en demasía seguros de nuestro buen derecho, y convencidos de que las pruebas contra Roberto eran insuficientes; después la opinión se modificó en nuestro favor, y esto nos tranquilizó, pareciéndonos que, así de lejos como de cerca, se reconocería la inocencia del acusado. No ha sido así; sucede todo lo contrario; pero felizmente, tengo la mayor confianza en el abogado de usted, y estoy seguro de que su defensa será una obra maestra...

— ¿Y no se ha descubierto nada?

— Absolutamente nada; usted se aferra á esta esperanza, pobre Marta; pero ya lo ve usted, estamos en la vista del proceso y no se ha hecho ninguna detención que pudiera elevarse á prisión.

— Pero se han visto delincuentes que se denunciaron en el último instante antes que permitir que se condenara á un inocente...

— Sí, en las novelas de Víctor Hugo; pero no en la vida real... ¡Vamos, no crea usted que un miserable, capaz de asesinar á un hombre disparando sobre él á tiro seguro desde la espesura de un bosque, sea capaz de una abnegación heroica!... Pero yo estoy tranquilo sobre el resultado. Después de una hábil defensa, no se podrá sostener una acusación apoyada en pruebas tan poco concluyentes y el jurado absolverá. Tranquilícese, y sobre todo cálmese, querida Marta, pues ya está usted medio enferma y el día de mañana será terrible.

— Sí, verdaderamente terrible, murmuró la pobre joven.

— Y yo no puedo acompañar á usted, porque esta maldita gota me tiene clavado en el sillón.

Marta contestó solamente con un ademán; prefería estar sola, y por eso había resistido á las instancias de su tía, que deseaba acompañarla en su viaje.

— Absuelto ó no, repuso, fija en su idea, sobre Roberto pesará siempre esa monstruosa acusación, á menos que...

— ¡Diantre! exclamó el marqués algo confuso; Roberto viajará y en este país se olvida todo tan pronto...

Marta se levantó para marcharse.

— Ha sido usted muy bueno para mí, dijo al marqués, y no lo olvidaré nunca. El anciano conservó un instante la mano de la joven entre las suyas.

— ¡Valor, Marta, dijo, valor! Al menos no estará usted sometida á la curiosidad de los otros testigos, pues ha inspirado usted tanto respeto como compasión, y he conseguido, no sin dificultad, que le permitan esperar su turno en un saloncito contiguo á la sala de audiencia.

Marta dió las gracias maquinalmente, pues todo le era igual. En la obsesión de su idea fija, miraba con indiferencia las molestias y las contrariedades.

Cuando estuvo fuera, sobrecogióla el frío y comenzó á temblar.

Entonces sintió haber ido allí; mas érale preciso no estar enferma.

A pesar de su pena y de su indisposición, admiróla el espectáculo que en aquel momento presentaba la campiña. El sol de invierno se había salido súbitamente de entre las nubes, y próximo ya al horizonte, enviaba sus rayos deslumbradores á través del ramaje cargado de escarcha: el pueblo parecía aletargado, reinando en él un silencio de muerte; por encima de la tierra helada y triste, el sol parecía hablar de alegría y de esperanza: era un cuadro encantador.

La puerta de la pequeña iglesia estaba abierta, y Marta, aunque temerosa de subir la cuesta en aquel instante, porque apenas podía tenerse en pie, llegó hasta ella y entró.

La paz profunda de aquel campo, silencioso por el rigor del frío, era más tranquila aún en la sombría capilla, donde brillaba como una estrella la pequeña lámpara del santuario. Marta se arrodilló, hizo un esfuerzo para orar, y no

encontró palabras; pero representóse el horror del sacrificio con una claridad que estremecióla, comunicándole como una idea de las angustias de la muerte.

Marta comprendió que hasta entonces no había creído realmente que se exigiría de ella aquel sacrificio en el último instante; esperaba que sucediera oportunamente alguna cosa — no sabía cuál — que la dispensaría de hacerlo; y de este modo, su desgraciado amor, exhalado en quejas dolorosas, no llegaría á ser asunto de conversación para todos; su conducta, su sacrificio, el afecto á su hermana y su modo de pensar sobre ella no serían conocidos y criticados, y sobre todo, no llegarían á conocimiento de Roberto...

Más de una vez, presa de un acceso febril habíase levantado de noche para ir á coger su diario y arrojarlo al fuego, pues destruída esta prueba, le bastaría guardar silencio. Nadie sospechaba la existencia de aquel escrito; ella afirmaría la verdad, es decir, que había dado cita á Roberto en el parque y que estaba allí en el momento del crimen, y aunque no se la creyera en absoluto, este testimonio tendría sin embargo algún peso. Al proceder así, seguramente se hablaría de ella, y su reputación podría resentirse. No pocas personas dirían, como la misma Edmunda dijo: «¿Por qué tanto misterio? ¿Qué se oculta bajo todo eso?»

A pesar de todo, Marta no había arrojado el libro al fuego; lo conservaba y haría uso de él; pero la lucha interior era terrible.

La señorita de Levasseur había olvidado dónde estaba, sin recordar tampoco, entregada á su lucha, como Jacob con el ángel, para qué había entrado; pero una mano se apoyó suavemente sobre su hombro: era el cura, que hacía algunos minutos observaba á la joven.

— Es usted muy desgraciada, mi pobre Marta, le dijo.

— Sí, señor cura, muy desgraciada.

El sacerdote quedó asombrado ante la expresión trágica de la joven.

— Confié usted en mí, le dijo, ya verá cómo se alivia. No es solamente la angustia de ese desgraciado proceso lo que así la martiriza; estoy seguro que hay otra cosa. Yo soy eclesiástico, y mi más grato privilegio es consolar á los que sufren.

Marta movió la cabeza negativamente.

— El sacerdote, dijo, no puede hacer nada por mí, porque no me es dado hablar. Tengo un deber que cumplir, y aún no sé si le cumpliré.

— Cualquiera que sea, usted hará lo que debe, pues la conozco.

— No sé si usted me conoce, ni aun si me conozco á mí propia. Me siento capaz de cosas malas, y lo que es peor, de cobardías.

— Pues yo no temo nada sobre ese punto; y ya no es el sacerdote quien le habla á usted, sino el antiguo amigo. Llega un momento en que todos, lo mismo el anciano débil, como yo, que una hermosa joven, pura y noble como usted, nos vemos en la precisión de llevar á cabo un acto heroico: bien esté el heroísmo oculto en el corazón, ó ya se revele á los ojos de todos, siempre será heroísmo; y en la hora en que nos sentimos desfallecer, siempre hay algún auxilio próximo: no dude usted, Marta; yo no he dudado jamás...

Y como la joven no contestase, el anciano se alejó lentamente. Un momento después, al levantar la cabeza, Marta vió en la penumbra, á la vacilante claridad de la pequeña lámpara, la cabeza blanca del sacerdote, que estaba arrodillado en un reclinatorio.

Tal vez no era el cura del pueblo un «gran talento,» sino simplemente un «buen hombre,» como él mismo había dicho, que solamente deseaba seguir su camino en paz consigo y con los otros; pero tenía un alma cándida y creyente, y oraba por Marta con todo el fervor posible.

Entonces parecióle á la joven que todo cuanto se había acumulado en ella de pasiones arrebatadas y de dureza se desvanecía poco á poco, y que su corazón se dulcificaba; sufría menos, y en medio de sus angustias experimentó una especie de tranquilidad; después lloró dulcemente, ella, que no encontraba lágrimas hacía tanto tiempo.

Cuando se levantó, ya no temblaba, y cuando salió de la capilla, arrostrando el frío glacial de aquel día, sintióse fortalecida, casi serena. El sol, semejante á una inmensa bola de fuego, desapareció en el horizonte, y á Marta le pareció que sus últimos rayos eran para ella y que le comunicaban nuevo valor.

## XV

La «sociedad» de Caen estaba casi orgullosa de la «hermosa causa» que debía verse muy pronto. Los forasteros, sobre todo durante la temporada de baños, iban de vez en cuando á visitar las antiguas iglesias, la Abadía de hombres y la Abadía de mujeres; mas por lo regular la ciudad dormitaba con sueño provincial. Las mujeres no variaban mucho sus conversaciones cuando estaban de visita; pero desde hacía tres meses no sucedía así. Hablábale en pro ó en contra de Roberto de Ancel con verdadera pasión; las jóvenes solteras y casadas se interesaban sobre todo por la pobre esposa del preso, herida por la desgracia en medio de su felicidad y en el momento en que iba á emprender su viaje de boda. Comentábanse de antemano las peripecias del proceso, los magníficos debates que se esperaban; se sabía que Roberto había trabajado en su prisión con tanta calma como si se hallase en su propio gabinete; y si los unos veían en esto la tranquilidad de la inocencia, otros lo consideraban como una afectación, ya que no como el cinismo de un hombre seguro de antemano de que no era uno de aquellos á quienes un jurado condena.

Así se explica que, llegado al fin el día, se llenase de bote en bote la sala del tribunal; las damas elegantes se habían dado cita allí como si se tratase de ver un drama de sensación; los magistrados, los abogados con su toga, los doce jurados, y en fin, todo el imponente aparato de la justicia, apenas bastaban para reprimir el rumor vago de una multitud que se divierte.

Roberto de Ancel, aunque muy sereno, estaba bastante pálido; había enflaquecido, y un círculo rojizo rodeaba sus ojos. Contestó á todas las preguntas que se le dirigieron con voz clara y firme; mas por aquel interrogatorio no se supo nada nuevo: repitió la declaración que había hecho al día siguiente del crimen, y nada más; pero cuando el presidente le preguntó qué había hecho en la tarde del jueves, 27 de julio, hubo en su respuesta cierta vacilación que no pasó inadvertida para nadie.

— Estaba de mal humor, y salí á pasear.

— ¿Por dónde fué usted?

— En dirección á la costa.

— ¿Nadie le vió á usted salir?

— Supongo que no, señor presidente. La disposición de la casa es bien conocida, toda vez que en el momento de procederse á mi detención fué examinada de

talladamente. La ventana de mi despacho se halla á tan corta distancia del suelo, que por una costumbre adquirida ya en la infancia, yo saltaba siempre al jardín en vez de atravesar la casa para salir por la puerta. Rara vez los criados ó el jardinero están en aquel lado, donde no hay más que una pendiente cubierta de césped con algunos árboles. Desde allí se puede pasar al bosque en pocos minutos.

— Según el sistema de defensa empleado por usted, por esa ventana es por donde el supuesto malhechor puede haberse introducido para robarle el revólver. ¿No es así?

— Esto es lo que me parece probable.

— ¿Y habrá usted dejado pasar cerca de dos meses sin pensar en abrir la caja donde guardaba usted el arma, ni en levantarla siquiera, echando de ver así que se la habían robado?

— No pensé en ello, señor presidente. Mi madre es quien había colocado ese revólver á mi alcance, y á mí me parecía la precaución inútil, porque nuestro país es muy pacífico.

— ¿No se le esperaba á usted en casa de unos amigos el día en que se cometió el crimen?

— Sí, señor presidente.

— Sin embargo, aunque la señorita Levasseur, en quien ya pensaba usted, debía estar allí con sus amigas, usted no compareció. ¿Por qué?

— Ya se lo he dicho, señor presidente; aquel día no estaba de muy buen humor y quise buscar la soledad.

El interrogatorio continuó, contestando siempre el acusado, como al principio, con mucha calma. El prólogo y la exposición de los hechos carecían un poco de interés dramático; el auditorio esperaba alguna cosa mejor.

Sin embargo, la opinión vacilaba; las mujeres en general mostrábanse favorables al joven acusado, de expresión inteligente y dulce; los hombres, sobre todo los que afectaban exageradas pretensiones de igualdad, censuran su título, y eso que apenas hacía uso de él, sus modales sencillos y su aire de distinción. Evidentemente hacía poco aprecio de pruebas que hubieran agobiado á un mísero culpable.

Cuando el presidente le interrogó sobre sus relaciones con la víctima, contestó sin vacilar un instante:

— Jorge Bertrand y yo contrajimos amistad, como sucede á menudo, por la circunstancia casual de nuestra igualdad de rango y por nuestra emulación al disputarnos los puestos. No existía entre nosotros una verdadera simpatía, pero nuestras relaciones tenían ese atractivo que resulta con frecuencia de ciertas desemejanzas. Nos agradaba discutir, seguros de antemano que cada cual sostendría, por instinto, lo contrario de lo que el otro afirmase; pero rara vez las discusiones llegaban á su fin, porque Bertrand no podía sufrir contradicciones y yo no quería disputas. Sin embargo, él era quien trataba siempre de hacer las paces.

— De esto resultaría, observó el presidente, que usted tenía más atractivo para el capitán que éste para usted.

— Es posible, sobre todo en nuestra primera juventud; pero ese atractivo se convirtió en él muy pronto en odio apenas fuimos rivales.

— Según dicen, ese odio existía por ambas partes.

— No del todo; tal vez yo juzgaba severamente al capitán; pero mi antipatía no llegó nunca al aborrecimiento.

— Sin embargo, usted ha dicho que buscaba ocasión de provocarle.

— En efecto, señor presidente, estábamos en esa situación en que yo no veía otra salida; pero buscaba un pretexto, pues no quería mezclar en esta cuestión el nombre de la joven que después fué mi esposa.

— El capitán era un duelista terrible.

— No lo ignoro, señor presidente, y se ha insinuado que el temor fué lo que me indujo á ser asesino; en una palabra, se me acusa de cobardía; pero yo apelo á todos los hombres de honor, á todos cuantos tienen mi educación, para que digan si esto es posible.

Había en la voz de Roberto tal acento de verdad y una indignación tan vibrante, que en todo el auditorio resonó un murmullo de aprobación, muy pronto reprimido, pues el presidente recordó al acusado con cierta sequedad que estaba allí para contestar á las preguntas que se le hiciesen y no para defender su causa.

Después comenzó el desfile de los testigos.

El Sr. Bertrand, hermano de la víctima, cuya declaración era conocida de antemano, no contribuyó mucho á ilustrar á la justicia, pero sí produjo una viva curiosidad: era hombre de unos cuarenta años, muy flaco, de tez amarillenta, de mirar inquieto y ojos brillantes; muy bilioso y violento sin duda, como su hermano. Su declaración, muy moderada en la forma, era abrumadora; era evidente que para él no admitía duda que Roberto fuese el autor del crimen; y cuando se le recordó que el capitán y él no habían sido hermanos muy cariñosos, abstúvose de protestar. Pero los dos eran de la misma sangre, y después de todo, esta sangre pedía venganza. El testigo aseguró que jamás recobraría la paz mientras no se hiciese justicia. Después habló minuciosamente de su llegada al país, diciendo por último que no había visto al principio en el Sr. de Ancel más que el antiguo compañero de su hermano.

— El Sr. de Ancel, dijo, fué quien dió orden de enviarme el telegrama, y á decir verdad, solamente él conocía las señas de mi domicilio. En su juventud había venido á mi casa algunas veces con mi hermano para pasar el día; y así es que apenas le vi, dirigíme á él ofreciéndole la mano; mas aparentó no verla y saludóme como si yo fuera un desconocido. Parecía muy preocupado y taciturno, y enojado sobre todo por las preguntas que se le hicieron. Esto me sorprendió mucho, pues habíanme dicho ya que el barón de Ancel y mi hermano cortejaban á la misma joven y que las probabilidades parecían estar más en favor de Jorge que de su rival. Mi hermano, por lo demás, á pesar de su rudeza, había tenido siempre mucho partido entre las mujeres; sabía muy bien dulcificar su voz y sus miradas cuando hacía el amor, y el contraste entre esta dulzura súbita y su acostumbrada dureza tenía algo de seductor. Cuando el Sr. de Ancel me negó su mano, asaltóme la idea de que no era extraño á la muerte del desgraciado Jorge.

— Sin embargo, nada dijo usted entonces.

— ¿Podía hacerlo, señor presidente? El Sr. de Ancel, conocido y apreciado en todo el país, parecía tener una posición inatacable; y además no podía alegar prueba alguna contra él, absolutamente ninguna, y en su consecuencia me callé; pero cuanto más reflexionaba en aquel triste asunto, más me convenía de que

mi primera impresión no me engañó. Jorge, extraño en este país, no podía tener enemigos; si promovió discusiones, como le sucedía casi en todas partes, no debe admitirse que estos ligeros altercados pudieran excitar contra él un odio implacable. Todo el mundo conviene en que el Sr. de Ancel estaba apasionadamente enamorado y de que su amor era el de un hombre de estudio, que no ha conocido verdadera juventud, en el que se produjo una explosión súbita con una violencia que rayaba en locura. Cuando se vió solo para hacer la corte á la señorita Levasseur, libre de un rival peligroso y temido, su humor sombrío cambió súbitamente; no ocultaba ni podía ocultar su alegría, y era tal su aire de triunfo, que el contraste con su estado de ánimo anterior llamó la atención de todo el mundo. Cuando recibí la noticia de que se le había reducido á prisión, no me extrañó, porque la esperaba desde el día en que le vi de pie junto al cadáver de mi hermano.

A la declaración de Bertrand siguió la del criado Isidoro Benoist. Decididamente el público comenzaba á divertirse. El aspecto del testigo no le recomendaba por cierto; tenía la frente deprimida, boca bestial, y hubiérase dicho que estaba muy orgulloso de la importancia que le daba aquel asunto. Habíase acicalado cuanto era posible; llevaba el cabello muy lleno de pomada y la camisa sumamente blanca. Parecía como si midiese sus palabras, buscando frases escogidas, sobre todo al principio del interrogatorio; pero después no se esmeró tanto, sin duda por estar seguro de que toda aquella brillante asamblea le escucharía con recogimiento. Al tratarse de la jira campestre, el presidente le dijo:

— ¿Usted pretende haber oído una discusión violenta entre el acusado y la víctima?

— Sí, señor presidente. Yo iba con algunos compañeros á buscar las cestas que contenían el almuerzo; pero en aquel instante me hallé solo, y como no oía bien, me acerqué.

— ¿Tiene usted la costumbre de escuchar á las puertas?

— A las puertas no, porque es fácil ser sorprendido; pero confieso que soy curioso; y por otra parte, deseaba informarme bien.

— ¿Por qué?

— ¡Diantre! Señor presidente, en el campo hay poca distracción y en las cocinas se hablaba mucho de las ocurrencias del país. Cada cual tenía su candidato, y el mío era el capitán. Al principio, la señorita de Levasseur le animaba mucho; después...

— ¿Qué más, qué más?

— Después, señor presidente, las personas bien informadas del país decían que la hermana mayor era la que debía casarse con el Sr. de Ancel, y no la menor. En fin, todo ese asunto me divertía, y por eso tuve empeño en informarme bien. No llegué hasta el fin de la disputa, pero afirmo que oí amenazas de muerte.

— ¿De parte del Sr. de Ancel?

— Aquellos dos señores estaban muy encolerizados, y hablaban á la vez sin escucharse apenas; pero al fin el capitán marchó corriendo, y apenas tuve el tiempo suficiente para ocultarme detrás de un árbol...

— A causa de esas habladurías después del crimen se le despidió de la casa donde estaba; y entonces decía usted, sin prueba alguna, á quien quería escucharle, que el culpable no era otro más que el Sr. de Ancel.

— Yo estaba seguro... En cuanto á mi despedida, la señora era una extranjería, y yo no estaba contento en una casa donde al servir á la mesa no comprendía una palabra de lo que decían. Ya estaba yo dispuesto á dejarla cuando la señora me despidió pero muy pronto encontré colocación. Antes de transcurrir una semana, todo el país estaba tan seguro como yo de que el barón era quien había dado el golpe.

— ¿Y le fué entregado á usted el revólver por el campesino que le encontró?

— Sí, señor presidente, y no quiso entregármelo sin que le diera dos duros; pero no me dolió desprenderme de ese dinero. Acto continuo, frotando bien el arma, descubrí las iniciales R. A... y llevé el revólver al señor procurador de la República. En un principio tuve la idea de hacer que dos gendarmes detuvieran al acusado antes de la ceremonia; pero hubo dilaciones; y por otra parte, el señor procurador, que conocía de nombre las dos familias y deseaba evitar el escándalo en cuanto fuese posible, fué en persona al castillo donde, según se me ha dicho, le tomaron por un convidado...

Después de la declaración del testigo Benoist, el interés languideció, pues los testigos no eran numerosos y nada nuevo tenían que decir.

Muy pronto iban á ser llamados los testigos de descargo, que eran principalmente los vecinos y amigos de campo, personas de buena educación, que desde los primeros días se habían pronunciado en favor de Roberto.

Hubo como un estremecimiento seguido de un silencio de muerte cuando el señor presidente dijo:

— Que entre la señorita Levasseur.

Esto era en realidad interesante; se penetraba en el corazón del asunto; y olvidándose la fatiga, no se pensó más que en mirar y escuchar con toda la atención posible para no perder ni una palabra.

Hacia ya dos horas que Marta esperaba: al llegar al Palacio de Justicia, donde la multitud se oprimía, pudo apreciar lo que su amigo el marqués había obtenido para ella, pues en el estado de enervamiento en que se hallaba le habría sido horriblemente doloroso verse objeto de la curiosidad y hasta de la compasión. Sin embargo, aquella noche había dormido un poco, agotadas sus fuerzas y casi contenta también de acabar de una vez y quedar libre de la pesadilla que la atormentaba, así como el herido llega á desear la presencia del cirujano, diciéndose que una vez practicada la operación se le dejará en paz...

No obstante, á pesar de todo, Marta creía en el milagro esperado hacía tanto tiempo, persuadiéndose de que en el último instante el mismo culpable se presentaría á decir: «¡Ese hombre es inocente!» ¡Cuántas veces su imaginación había evocado ya la escena!.. Después veía á Roberto libre, orgulloso y feliz; y ella iría á encerrarse en su soledad, llevando consigo su secreto. Todo iría bien así; Roberto jamás sabría que ella le había amado apasionadamente, y Edmunda jamás sospecharía á qué precio compraba su felicidad. El pudor de su alma, ese santo pudor, sería respetado y no se le exigiría el horrible sacrificio.

Y en la pequeña habitación solitaria donde estaba, Marta retenía el aliento para oír mejor. Algunas veces llegaba á sus oídos un murmullo confuso desde la sala de audiencia; sabía muy bien que si la escena evocada por su cerebro fatigado se producía en efecto, aquel murmullo suave se transformaría en aclamaciones ruidosas que ningún reglamento podría impedir. ¡Qué alegría para su tierno corazón!..

(Continuará)



## LA CRONOFOTOGRAFÍA

NUEVO MÉTODO PARA ANALIZAR EL MOVIMIENTO  
EN LAS CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES

(Continuación)

Para velocidades de traslación diferentes, el número de imágenes que se pueden sacar en un tiempo dado sin que haya confusión es tanto mayor cuanto más rápida la traslación, de lo cual es fácil convenirse comparando las imágenes sucesivas de un hombre que corre (fig. 3) (1) con las de un hombre que anda; las del primero están más desviadas entre sí, aunque la frecuencia de las iluminaciones haya sido la misma en uno y otro caso.

Así pues, la confusión de las imágenes por superposición es el límite que se impone á las aplicaciones de la cronofotografía sobre placa fija. Sin embargo, en muchos casos se obvia este inconveniente por medio de ciertos artificios.

El medio más natural consistía en reducir artifi-



Fig. 4. Hombre vestido de negro y por consiguiente invisible cuando pasará por delante del campo obscuro y no quedarán marcadas en la imagen cronofotográfica más que las líneas blancas que lleva en los brazos y las piernas.

cialmente la superficie del cuerpo estudiado. Ennegreciendo las partes que no es indispensable representar en la imagen se las hace invisibles, y por el contrario, se iluminan aquellas cuyo movimiento se desea conocer. Así por ejemplo, un hombre vestido de terciopelo negro (fig. 4), y que lleve en los miembros galones y puntos brillantes, no da en su imagen sino líneas geométricas, en las cuales se reconocen sin embargo las actitudes de los diferentes segmentos de los miembros.

En el plano ó dibujo que así se obtiene, el número de imágenes puede ser considerable y la noción de tiempo completa, puesto que el espacio ha sido voluntariamente reducido á lo estrictamente necesario.

## II. - CRONOFOTOGRAFÍA SOBRE PELÍCULA MOVIBLE

Los resultados dados por la cronofotografía para el análisis de los movimientos son, pues, muy suficientes cuando sólo se quiere conocer sus caracteres mecánicos; más adelante los examinaremos. Pero este método no puede satisfacer al fisiólogo que desea analizar los movimientos de conjunto de un órgano, como tampoco satisfaría al artista que, en un grupo de personajes, quisiera seguir las actitudes y expresiones de cada uno de ellos. Además la cronofotografía sobre placa fija no puede realizarse sino en

(1) Véase el núm. 582.

condiciones especiales, delante de un fondo enteramente obscuro, pues se escapa gran número de fenómenos, los movimientos de las nubes, los del mar, la marcha de los barcos, la de los animales silvestres, etc.

Para obtener una serie de imágenes en estos dis-

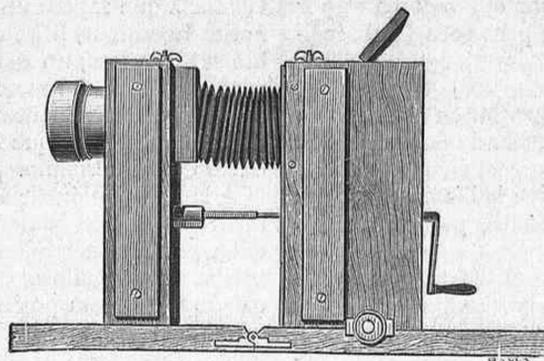


Fig. 5. Nueva disposición del aparato que se presta á todas las aplicaciones de la cronofotografía (escala de 1 por 10)

tintos casos es preciso recogerlas en una placa sensible que se mueve y presenta sucesivamente puntos diferentes de su superficie al foco del objetivo fotográfico: el revólver astronómico con que M. Janssen recogió una serie de imágenes del planeta Venus al pasar sobre el disco luminoso del sol, está basado en el principio de este procedimiento; pero las imágenes de los astros estaban tomadas á intervalos bastante largos; de suerte que para sorprender los movimientos tan rápidos que ejecutan los animales, era preciso encontrar un procedimiento también muy rápido. A este efecto construimos hace algunos años una especie de fusil cuyo cañón contenía un objetivo y en cuya culata había un cristal fotográfico circular: apuntábase con este aparato al objeto en movimiento, y oprimiendo el gatillo poníase en movimiento el mecanismo, el cristal sensible giraba sobre sí mismo y se paraba doce veces por segundo para recibir las imágenes del objeto, siendo el tiempo de exposición de  $1/720$  de segundo aproximadamente.

A pesar de las dificultades mecánicas que habían tenido que vencerse para obtener tal frecuencia de imágenes, el resultado conseguido no era absolutamente satisfactorio, pues las imágenes eran demasiado pequeñas y al ser ampliadas no daban sino detalles insuficientes.

Si hemos eliminado sistemáticamente los aparatos de objetivos, como el de Muybridge, que ha dado sin embargo tan admirables resultados, ha sido porque en estos aparatos los diversos objetivos *ven*, si así puede decirse, el objeto fotografiado en incidencias diferentes. Ahora bien: esos cambios de perspectiva, que no ofrecen inconvenientes cuando se opera sobre objetos apartados y de grandes dimensiones, no permitirían estudiar los objetos de pequeño tamaño que deben ser observados muy de cerca y con mayor razón los seres microscópicos: por esta razón nos hemos decidido á emplear un objetivo único por cuyo foco pasa una película sensible que se detiene para recibir cada imagen, vuelve á pasar y de nuevo

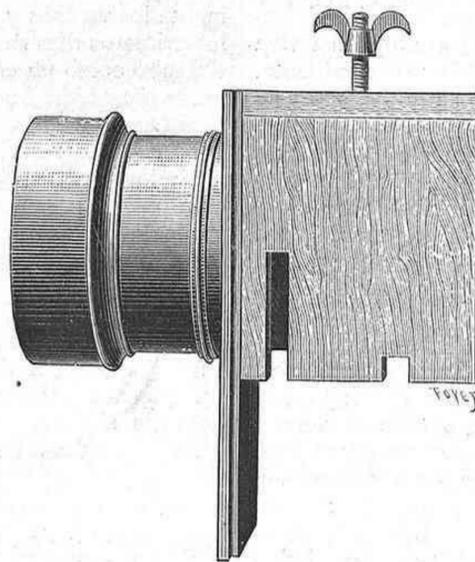


Fig. 6. Objetivo en parte encerrado en su caja. La planchita colocada en la parte anterior penetra en una corredera de la parte saliente del aparato. La ranura que hay debajo de la caja deja pasar los discos obturadores (escala de 1 por 3)

se para con tal velocidad, que pueden obtenerse hasta 60 imágenes por segundo, cada una de las cuales emplea para formarse un tiempo de exposición cortísimo que varía entre  $1/1.000$  y  $1/25.000$  de segundo.

No nos detendremos en describir las numerosas

tentativas que han sido precisas para realizar este programa, y nos limitaremos á dar la descripción del aparato único, en el que se han reunido definitivamente todas las disposiciones necesarias para la cronofotografía, sea sobre placa fija, sea sobre película móvil. Este aparato recoge igualmente bien las imágenes reducidas de los objetos situados á larga distancia, que las imágenes en su verdadero tamaño de los pequeños objetos cercanos, que las imágenes muy ampliadas de los seres que se mueven en el campo del microscopio.

Añadamos que la dificultad de recoger un movimiento no depende siempre de su excesiva velocidad, puesto que los hay que se nos escapan también por su gran lentitud; así por ejemplo, nos parece inmóvil la aguja del reloj. Y sin embargo otros son más lentos que éste é importa hacerlos perceptibles, y la cronofotografía se presta también perfectamente al análisis de esos movimientos.

## III. - DESCRIPCIÓN DEL CRONOFOTÓGRAFO COMPLETO

El cronofotógrafo completo (fig. 5) contiene, como hemos dicho, todo lo necesario para recibir imágenes, bien sobre una placa fija, bien sobre una tira pelicular móvil; su tirado variable y la posibilidad de cambiar el objetivo que se utiliza permiten obtener, se-

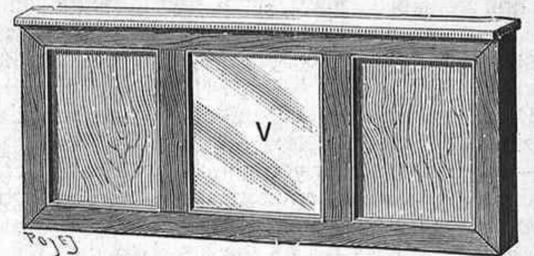


Fig. 7. Marco de cristal opaco V para la postura á foco en la cronofotografía sobre placa fija

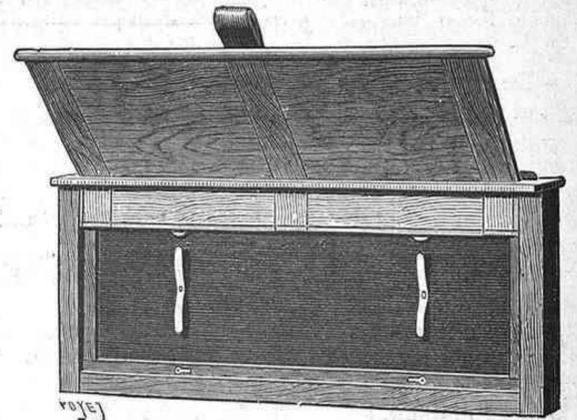


Fig. 8. Marco en donde se coloca el cristal sensible en la cronofotografía sobre placa fija; el postigo que cierra el marco está levantado.

gún las necesidades, imágenes reducidas ó ampliadas; la frecuencia y la extensión de estas imágenes, la duración del tiempo de exposición y la intensidad de los alumbrados pueden ser regulados á voluntad.

Comenzaremos por describir las piezas necesarias para la cronofotografía sobre placa fija, es decir, para el caso más sencillo.

A. *Piezas que sirven para la cronofotografía sobre placa fija.* - Ya hemos visto que para aplicar este método basta un aparato fotográfico muy sencillo al cual llegue la luz de una manera intermitente. Estas piezas son fáciles de reconocer en la figura 5 donde se ven los dos cuerpos del aparato reunidos por medio de un fuelle: la parte trasera se desliza sobre un riel por medio de un botón de cremallera según las necesidades de la postura ó foco. El objetivo que se utiliza debe ir siempre encerrado en una caja hendida por debajo (fig. 6) y que penetra en una corredera del cuerpo delantero del aparato, al que se ajusta perfectamente. La hendidura de la parte inferior de la caja corta en dos el objetivo en sentido perpendicular á su eje óptico principal y deja pasar los discos con orificios, que al girar producirán intermitencias en la admisión de la luz.

El fuelle se adapta por uno de sus extremos á la caja del objetivo, al paso que el otro, pegado al cuerpo posterior, se encuentra por su ancha abertura en relación, sea con el marco de vidrio opaco (fig. 7), sea con el marco fotográfico (fig. 8).

Las únicas piezas que merecen descripción especial son los *discos obturadores* y el *arbol* que sirve para transmitirle el movimiento.

Los discos obturadores giran en sentido contrario uno de otro y el encuentro de las aberturas de que van provistos produce los alumbramientos.

(Continuad)

NUEVA PUBLICACIÓN

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

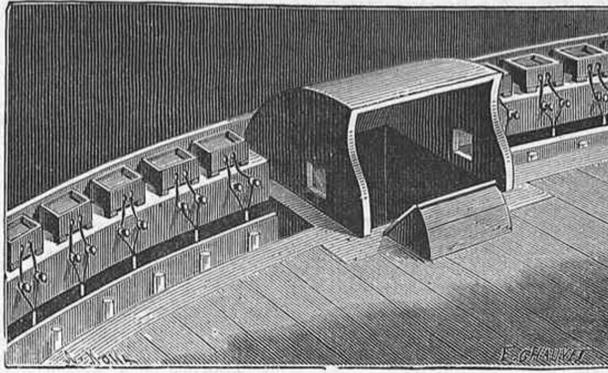
TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

El erudito escritor, cuyo reciente fallecimiento lloran los amigos de la ciencia, trazó en esta obra un cuadro fiel de todos los fenómenos de la Naturaleza que se relacionan con la física del globo, pero con tal sencillez, en estilo tan ameno y tan claro á la vez, que bien puede calificarse su trabajo de obra verdaderamente popular. Siguiendo en él el plan admitido por cuantos de la ciencia física han escrito, lo divide en varias secciones principales, en cada una de ellas se enuncia la ley que preside á los fenómenos de que trata, el descubrimiento de estas leyes y las aplicaciones de cada una de las fuerzas físicas descubiertas y conocidas.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la Gravedad explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y



Muestra de los grabados de la obra. - Audiciones telefónicas teatrales

esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del Sonido agrega una enumeración de todas las aplicaciones de la Acústica y de los instrumentos musicales. La Luz da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El Magnetismo y la Electricidad proporcionan ancho

campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCIÓN

La presente obra formará 3 tomos de regulares dimensiones, divididos en unos 20 cuadernos cada uno, los que procuraremos repartir semanalmente.

Cada cuaderno constará de 40 páginas de texto, al precio de 50 céntimos de peseta; pero en el caso de que lo desearan los suscriptores ó de que por activar la terminación de la obra se juzgase oportuno, estos cuadernos constarán de 80 páginas, á peseta cada uno.

Además de los grabados intercalados en el texto, ilustrarán la obra magníficas láminas tiradas en colores, representando algunos de los fenómenos más notables de la Física, así como mapas en que se expongan las variaciones atmosféricas ú otras que afectan á la constitución del globo.

Cada una de estas láminas ó mapas equivaldrá á 8 páginas.

Por el primer cuaderno, que se halla de muestra en casa de nuestros corresponsales, se podrá juzgar del inusitado lujo con que ofrecemos al público esta nueva obra.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

**ELIXIR**  
DE  
**Protocloruro**  
DE HIERRO  
CON HIPOFOSFITOS  
DE VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias, no tiene rival y es el remedio más racional, seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente para la Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de sangre, Debilidad é inapetencia y menstruaciones difíciles. Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.—Cuidado con las falsificaciones, porque no darán resultado. Exigir la firma y marca de garantía.

PRECIO DE CADA BOTELLA, 4 PTAS.--MEDIA BOTELLA. 2,50 EN TODA ESPAÑA

De venta en todas las farmacias de las provincias y pu. blos de España, Ultramar y América del Sur.

Depósito general: ALMERIA, Farmacia VIVAS PEREZ

**CARNE y QUINA**

El Alimento mas reparador, unido al Tónico mas energico.

**VINO AROUD con QUINA**

Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS SOLUBLES DE LA CARNE

**CARNE y QUINA!** son los elementos que entran en la composición de este potente reparador de las fuerzas vitales, de este fortificante por excelencia. De un gusto sumamente agradable, es soberano contra la Anemia y el Apocamiento, en las *Calenturas y Convalecencias*, contra las *Diarreas* y las *Afecciones del Estomago y los intestinos*. Cuando se trata de despertar el apetito, asegurar las digestiones, reparar las fuerzas, enriquecer la sangre, entonar el organismo y precaver la anemia y las epidemias provocadas por los calores, no se conoce nada superior al *Vino de Quina de Aroud*.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD. SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS.

EXIJASE el nombre y la firma **AROUD**

Las Personas que conocen las **PILDORAS del Dr. DEHAUT** DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el causan que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**GARGANTA**  
VOZ y BOCA  
**PASTILLAS DE DETHAN**

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs **PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES** para facilitar la emioion de la voz.—PRECIO . 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Frasco: 5 fr. en Paris

**PUREZA DEL CUTIS**

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

**LA LECHE ANTEFÉLICA**

para ó mezclada con agua, disipa **PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES** y conserva el cutis limpio y terso.

Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

**Jarabe de Digital de LABELONYE**

contra las diversas **Afecciones del Corazon, Hydropesias, Toses nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.**

Empleado con el mejor exito

**G** **Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ**

El mas eficaz de los **Ferruginos** contra la **Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.**

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

**Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN**

Medalla de Oro de la S<sup>ad</sup> de F<sup>ia</sup> de Paris

**HEMOSTÁTICO** el mas **PODEROSO** que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las **Grageas** hacen mas fácil el **labor del parto** y **detienen las perdidas**.

**LABELONYE y C<sup>ia</sup>**, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

**FALTA DE FUERZAS**

**ANEMIA CLOROSIS**

**DEBILIDAD CONSUMCION**

**EL HIERRO BRAVAIS**

representa exactamente el hierro contenido en la economia. Experimentado por los principales médicos del mundo, pasa inmediatamente en la sangre, no ocasiona estreñimiento, no fatiga el estomago, no ennegrece los dientes. Tómense veinte gotas en cada comida. Exijase la Verdadera Marca.

De Venta en todas las Farmacias. Por Mayor: 40 y 42, r. St-Lazare, Paris.

**ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO**

**PASTILLAS y POLVOS PATERSON**

con **BISMUTHO y MAGNESIA**

Recomendados contra las **Afecciones del Estomago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estomago y de los Intestinos.**

Exigir en el rotulo a firma de **J. FAYARD**. Adh. **DETHAN**, Farmaceutico en **PARIS**

**GRANO DE LINO TARIN**

Farmacéutico, place des Petits-Pères, 9, PARIS

**PREPARACION ESPECIAL para combatir con éxito ESTREÑIMIENTOS COLICOS IRRITACIONES ENFERMEDADES DEL HIGADO Y DE LA VEJIGA**

Exijarse las **cajas de hoja de lata** Una cucharada por la mañana y otra por la tarde en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche

En todas las farmacias

**LA CAJA : 1 FR. 30**

**ENFERMEDADES del ESTOMAGO**

**Pepsina Boudault**

Aprobada por la **ACADEMIA DE MEDICINA**

**PREMIO DEL INSTITUTO AL D<sup>r</sup> CORVISART**, EN 1856

Medallas en las Exposiciones internacionales de **PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS**

1867 1872 1873 1876 1878

SE EMPLEA CON EL MAYOR EXITO EN LAS **DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALGIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION**

BAJO LA FORMA DE

**ELIXIR** de **PEPSINA BOUDAULT**  
**VINO** de **PEPSINA BOUDAULT**  
**POLVOS** de **PEPSINA BOUDAULT**

**PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine** y en las principales farmacias.

**LA SAGRADA BIBLIA**

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

**LICOR LAVILLE GOTA**

del Dr. **REUMATISMOS**

Específico probado de la **GOTA y REUMATISMOS**, calma los dolores los mas fuertes. Accion pronta y segura en todos los periodos del acceso.

F. COMAR é HIJO, 28, Rue Saint-Claude, PARIS

**VENTA POR MENOR. - EN TODAS LAS FARMACIAS y DROGUERIAS**

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN por autores ó editores

**EL NATURALISMO EN EL TEATRO. LOS EJEMPLOS,** por Emilio Zola. — En esta obra estudia el ilustre novelista francés la relación que con la escena tienen la tragedia, el drama, la comedia, la pantomima, el vaudeville, la obra de magia, la opereta, etcétera, constituyendo un trabajo de muy interesante lectura.

**RAMILLETE DE CUENTOS.** — Hermosa colección de los mejores cuentos publicados en todas las naciones, que firman Tolstoy, Copée, Verga, Balzac, Mouton, Loti, Richepin, Merimée, Daudet, Pontmartin, Feval, Dostoievsky, Banville y Bourget: este es el mejor elogio que puede hacerse de la obra.

**MEMORIAS ÍNTIMAS,** por Ernesto Renán. — Resplandece en esta obra tanto la inteligencia como el corazón del ilustre filósofo que la ha escrito, y contiene páginas delicadísimas, como cuando describe las postrimerías de Noemi, la novia famosa del autor, y de sin igual ternura, como las dedicadas á Bertelot, Victor Hugo, Cousin y Jorge Sand.

**PAPÁ GORIOT,** por Balzac. — El protagonista de esta novela es el símbolo del amor paterno: trabaja para dar millones á sus dos hijas, á las que casa con un banquero y con un aristócrata, y al verlas brillar en los más altos círculos de París se considera dichoso; pero llegan luego los días malos, la ruina, la lucha con los yernos, que resultan dos bribones, y



EN EL VESTÍBULO, cuadro de Renato Reinicke

aquel padre sublime muere en el mayor abandono después de haber presenciado la desgracia y pérdida de sus hijas.

Estos cuatro libros forman parte de la Colección de libros escogidos que con tanto éxito se publica en Madrid y se venden en las principales librerías á 3 pesetas tomo.

**LOS APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL,** por D. León Bonel y Sánchez. — Se ha publicado la entrega 7.ª de esta importantísima revista, indispensable á cuantos por su profesión ó por sus inclinaciones necesitan conocer las diversas manifestaciones de la ciencia jurídica. Contiene interesantes trabajos en sus cuatro secciones (doctrinal, legal, jurisprudencia, cuestionarios y fueros). — Suscríbese en la calle de Fontanella, 44, pral., al precio de 9 pesetas en Barcelona, 10 en provincias y 15 en Ultramar las 12 entregas, vendiéndose las entregas sueltas á una peseta cada una.

**ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.** — La Dirección de Estadística general de aquella república ha publicado el anuario de 1891 que en un voluminoso tomo contiene interesantísimos datos referentes á territorio, población, comercio, navegación, hacienda, riqueza pública, instrucción, beneficencia, ferrocarriles, legislación, administración, etc., etc., por los que se viene en conocimiento del grado de adelanto á que allí han llegado los distintos elementos que constituyen el bienestar y el progreso de un país.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París. — Las casas españolas pueden hacerlo en la oficina de publicidad de los Sres. Calvet y Rialp, Paseo de Gracia, núm. 21

**PAPEL ANTI-ASMÁTICO BARRAL**  
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES  
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL  
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.  
 DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

**FUMOZE-ALBESPEYRES**  
 78, Faub. Saint-Denis  
 PARIS  
 y en todas las Farmacias.

**JARABE DE DENTICION**  
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER  
 LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.  
 EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS  
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

**Jarabe Laroze**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

**JARABE al Bromuro de Potasio**  
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS  
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S<sup>o</sup>-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.  
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

**PAPEL WLINSI**  
 Soberano remedio para rápida curacion de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Depósito en todas las Farmacias  
 PARIS, 31, Rue de Seine.

**PILULE DE BLANCARD**  
 SIROP D'IODURE DE FER  
 INALTERABLE

**CARNE, HIERRO y QUINA**  
 El Alimento mas fortificante unido a los Tónicos mas reparadores.

**VINO FERRUGINOSO AROUD**  
 Y CON TODOS LOS PRINCIPIOS NUTRITIVOS DE LA CARNE  
**CARNE, HIERRO y QUINA!** Diez años de éxito continuado y las afirmaciones de todas las eminencias médicas prueban que esta asociación de la Carne, el Hierro y la Quina constituye el reparador mas energico que se conoce para curar: la Clorosis, la Anemia, las Menstruaciones dolorosas, el Impotrecimiento y la Alteracion de la Sangre, el Raquitismo, las Afecciones escrofulosas y escorbúticas, etc. El Vino Ferruginoso de Aroud es, en efecto, el unico que reúne todo lo que entona y fortalece los organos, regulariza, coordena y aumenta considerablemente las fuerzas ó infunde a la sangre empobrecida y descolorida: el Vigor, la Coloracion y la Energía vital.

Por mayor, en Paris, en casa de J. FERRÉ, Farmacéutico, 102, rue Richelieu, Sucesor de AROUD.  
 SE VENDE EN TODAS LAS PRINCIPALES BOTICAS

EXÍJASE el nombre y la Arma **AROUD**

**VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D<sup>o</sup> FRANCK**

Querido enfermo. — Fílese Vd. á mi larga experiencia, y haga uso de nuestros GRANOS de SALUD, pues ellos le curarán de su constipacion, le darán apetito y le devolverán el sueño y la alegría. — Así vivirá Vd. muchos años, disfrutando siempre de una buena salud.

Participando de las propiedades del Iodo y del Hierro, estas Píldoras se emplean especialmente contra las Escrofulas, la Tisis y la Debilidad de temperamento, así como en todos los casos (Páldos colores, Amenorrea, &c.), en los cuales es necesario obrar sobre la sangre, ya sea para devolverla su riqueza y abundancia normales, ó ya para provocar ó regularizar su curso periódico.

Pharmacéutico, en Paris, Rue Bonaparte, 40

**N.B.** El Ioduro de hierro impuro ó alterado es un medicamento ineficaz e irritante. Como prueba de pureza y de autenticidad de las verdaderas Píldoras de Blancard, exijir nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma puesta al pié de una etiqueta verde y el Sello de garantía de la Unión de los Fabricantes para la represión de la falsificación.

SE HALLAN EN TODAS LAS FARMACIAS

**PATE ÉPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese **PILLORE, DUSSEY, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN